

# VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES  
DE FILOSOFIA Y LETRAS

---

---

## TENDENCIAS FILOSÓFICAS EN LOS ESTADOS UNIDOS (1)

---

Todo filósofo de cierta vitalidad real es, en parte, un doble resultado de su época: es hijo y al mismo tiempo rebelde de su época.

No hay nada de paradójico en esto. Las tradiciones más bellas y más respetables han pasado por su mejor cuarto de hora, precisamente cuando se han visto atacadas por sus mismos hijos. La tradición griega del siglo V, por ejemplo, la gran era de Atenas, al propio tiempo de realizar maravillosas adquisiciones en casi todas las actuales ramas del saber humano, tuvo que sufrir el ataque a muerte de esos hijos rebeldes suyos que dominaron luego el espacio histórico más extenso del firmamento intelectual de la raza humana. Quien no se haya enamorado alguna vez de los diálogos más reprovivos de Platón no ha sentido al mismo tiempo que ningún otro sitio que aquella democracia reprendida de Atenas pudo haber producido los personajes, indicado los errores o vislumbrado los ideales que ponen de relieve aquellos escritos.

He insistido en este punto no a título de mero exordio: lo he hecho con el propósito deliberado de anotar un precedente

---

(1) Conferencia leída en la Facultad, en el mes de octubre ppto.

histórico que para mí es de singular importancia, porque he aprendido a ver en la época actual, en esta gran era humana, mucha similitud con el siglo de Pericles, especialmente en su desdeñosa disposición para con el planteo y la solución final de sus propios problemas. Y es, creo, al través de la reacción que esta era industrial nuestra arranca al espíritu de la filosofía contemporánea, que el filósofo de un país dado puede ser visto como el que ha sabido traducir a ideas generales las condiciones de espíritu que animan a ese país en el momento actual.

Demás estaría decir, pues, que en los filósofos norteamericanos a que hemos de referirnos aquí, debiéramos tratar de encontrar una versión filosófica de la mentalidad de un país, que, por muchas y bien conocidas razones, es el exponente más caracterizado de la presente civilización industrial, en la cual, muy a pesar nuestro a veces, más conscientes y orgullosos estamos al ver talleres que son verdaderos gabinetes de estudio que al ver gabinetes de estudio que son verdaderos talleres. Claro está, sin embargo, que esta versión no puede ser igual ni igualmente perfecta en todos los filósofos de un país, pues los factores de orden personal son con frecuencia de tanto peso en las actitudes filosóficas como los del orden regional. En los Estados Unidos parece ser John Dewey quien mejor la ha formulado, y por eso se le considera tan filósofo nacional de aquel país como Kant lo es de Alemania.

## I

Pero, antes de abordar la filosofía de John Dewey, quiero hablar de dos filósofos norteamericanos más, que representan tendencias distintas de las ideas pragmatistas de Dewey. Uno de ellos es Josiah Royce, idealista; el otro es George Santayana, naturalista. Hubiera deseado hacer exposición de algún representante de la filosofía neorelista, — una cuarta tendencia muy desarrollada en los Estados Unidos, — pero el tiempo no me lo permite. Además, lo impide también el deseo de dedicar la mayor parte de la hora de que dispongo a John Dewey exclusi-

vamente, en quien ha habido más interés de parte de los que auspiciaron esta conferencia, por dos razones especiales: una, porque Dewey es el más original de los "pioneers" y el más formidable de los campeones de la escuela del pragmatismo; y otra, porque he sido alumno de Dewey durante seis años en los Estados Unidos. Pero de los tres filósofos quisiera dejar igual impresión. Presentan ellos, por igual, una honestidad de pensamiento, un entusiasmo ardiente y una dedicación integral; y estas cosas son muy poco comunes en la filosofía contemporánea, para no acogerlas cualquiera que sea el "ismo" o "ista" con que las bautizamos, o cualquiera que sea el país en que se producen.

Bien, pues: veamos a Josiah Royce, con la premura a que nos obligan los muchos aspectos de este tema, por demás vasto y complejo. La tendencia que representa Royce es la de un idealismo nada ingenuo, aunque muy declarado, que ha servido de blanco a toda la artillería de crítica de los pragmatistas y neorealistas. Esto es de lamentarse, y quisiera hablar aquí de Royce con espíritu enteramente distinto. Aunque mis simpatías de escuela no tienen apego alguno a su filosofía, quisiera que me fuese posible exponerla hasta como un discípulo suyo.

Todos los que, de cuando en cuando, hacíamos un viaje a Cambridge, para inscribirnos en algún curso corto de Royce, volvíamos de aquellas excursiones intelectuales con la impresión de lo muy desventajosa que es la polémica para la justipreciación de los esfuerzos ideológicos. Y es de justicia notar que los enemigos más acérrimos de Royce, como Holt y James, le deben no pocas de las ideas que sirven de base a sus mejores teorías. Especialmente en el dominio técnico de la metafísica y en el de la lógica de las ciencias abstractas, Royce y uno de sus más destacados discípulos, Moisés Kohn, son las mentalidades más preparadas que produjo el país.

La multiformidad de sus problemas filosóficos era denunciada por su dominio de distintas ramas de la ciencia y el arte. Sus comentarios sobre poetas y escritores ingleses constituyen por sí solos una producción de no escaso valor. De igual modo, pocos son los problemas que surgieron últimamente en las cien-

cias exactas y naturales, acerca de los cuales Royce no demostrara haber leído y reflexionado profundamente. Tenía, por cierto, buen sentido común para no incurrir en el error de creer que el hombre puede pasearse fácilmente por todos los caminos del saber humano. Sabía que uno no puede hacerlo sin abandonar el cultivo de su propio dominio intelectual. Y era con mucha modestia que dejaba en manos de otros los problemas que no fueran los suyos, para preocuparse de las cuestiones más relacionadas con la naturaleza de lo absoluto. Pero sus alumnos de seminario, de esas clases de cuatro a seis muchachos interesados en resolver conceptos teológicos, sociales, económicos y otros, hallaban que la obra filosófica de Royce no podía haber alcanzado los méritos que se le atribuyen, sin esa gran dedicación suya a muchos ramos del saber humano. Siempre riguroso en su énfasis sobre la diferencia entre el testimonio y la evidencia, Royce nos enseñaba cuánto mejor es a veces un letargo sobre el cojín de la duda que la exaltación de nuestros entusiasmos más ardientes.

No debe aplicarse a Royce el nombre de idealista sin antes haber hecho las advertencias exigidas por la variedad de sentidos que ha recibido este nombre en recientes discusiones filosóficas; y exigidas, también, por las contribuciones que él mismo aporta al idealismo contemporáneo. Por ejemplo, en Royce desaparece en alto grado la marcada división entre realidad y verdad, considerada la una como entidad metafísica y la otra como entidad lógica. Royce sostiene que nuestras creencias acerca de la naturaleza del universo no son, en el fondo, ajenas a nuestros sentimientos y esfuerzos morales. El más íntimo significado del universo surge, según él, en el proceso de nuestro propio pensamiento. Nuestros mismos errores son para Royce vislumbres parciales de la verdad, pues el habernos cerciorado de un error significa, a su juicio, haber llegado a dominar una perspectiva cada vez más perfecta de la verdad.

De esta manera, por cierto, no desaparece en Royce el concepto de que una totalidad racional de cosas condiciona los esfuerzos de la inteligencia, y en esta totalidad, llamada absoluto, las existencias encuentran su condición y significado, a

igual que en otros sistemas idealistas, como partes integrantes de una sentencia verbal. Pero Royce ha evitado sensatamente que semejante doctrina se prestase, como en otras épocas y lugares, a actitudes filosóficas complacientes para con los problemas sociales y religiosos. En su concepto del absoluto, por ejemplo, Royce no ha eludido el problema que las cargas y los sufrimientos de la vida plantean ante la perfecta armonía en que encuadran las cosas los sistemas filosóficos absolutistas. Para él esas cargas y sufrimientos son partes integrantes de la totalidad universal de la existencia, pero no por tener una razón de ser o una explicación, pueden ser justificados y deben considerarse necesarios. Según la fe idealista de Royce, el mismo absoluto se halla crucificado cuando son crucificados los hombres por gobiernos o iglesias que no saben lo que hacen.

No creo exagerar la nota del problema social que palpita en el fondo de este idealismo. Las últimas obras de Royce, que llevan los raros títulos de *El mundo y el individuo*, *El cristianismo y el problema de la lealtad humana*, atribuyen una gran importancia a la voluntad como condición esencial de los esfuerzos racionales. Como todos los portavoces de ese liberalismo humanista que se inicia en el renacimiento occidental, y aun perdura en los Estados Unidos, Royce dudaba de la mera y desnuda razón, y no perdía de vista que si la filosofía es, como dice Bradley, una función de descubrir razones que sirven para corroborar lo que se sostiene a base del instinto, esa función no es, en sí misma, un instinto, sino una actividad que se traduce en forma de doctrinas que tratan de dar conocimiento a la fe, bases racionales al ideal y preceptos al ejemplo.

William James, que con mucha sinceridad se refería hace treinta años a su joven colega como a su "venerable maestro", compartía muchas de las creencias de Royce. Lo que separaba a ambos era el método de probarlas y las ideas generales en que estaban fundamentadas. James, por ejemplo, se indignaba contra un mundo ideológico cuyas partes estaban predeterminadas por las condiciones de un *totum* universal; y Royce, para hacer frente a las críticas que se le dirigían, dedicó gran parte de sus últimos años a la tarea de elaborar argumentos basados sobre la

solución matemática del Infinito. Y es sumamente significativo que, como resultado de esa labor suya, la unidad del absoluto sea considerada por Royce como la unidad de una comuna federativa, por así decir, donde cada elemento de la existencia universal tiene su propia esfera de supremacía. Hay en este resultado el aprovechamiento del espectáculo social y político de la república norteamericana; hay también una marcada influencia e interés social, derivados del liberalismo tradicional norteamericano, que sobrepone al sentimiento nacionalista el de la autonomía comunal.

Otro resultado igualmente significativo de esa labor es el de un análisis que lo ha llevado a repudiar el individualismo, cuya expresión teológica y metafísica reside en la doctrina del libre arbitrio, y que ha dado, por consecuencia, la cómoda creencia de que el hombre es dueño del destino que le deparan sus propias virtudes o defectos. Si se advierte la importancia que tiene el criterio individualista del libre arbitrio en la ética y la religión, la filosofía de Royce, que podría denominarse una filosofía ético-religiosa, presenta una pieza de singular jaez para el aprecio de los estudiosos interesados en problemas teológicos.

Royce, que congeniaba con Nietzsche en su rebeldía contra los ídolos convencionales, ha dado a las tendencias idealistas contemporáneas elementos que le permiten cortar con sus añejas subordinaciones a toda suerte de tiranías religiosas y políticas. Y entre estas contribuciones a la filosofía contemporánea es, por lo menos, digna de citarse aquí la *Lógica* de Royce, la cual no es sólo un aporte, sino también un fundamento sobre el cual otros podrán continuar una tarea que tendría mucha eficacia para hacer posible una discusión contemporánea inteligente acerca de la posibilidad, ya no de una metafísica, — que es problema nada nuevo, a pesar de los elementos con que cuenta desde la muerte de Kant, — sino de una ciencia de cosas diversas de las existentes, tangibles y actuales.

Royce falleció hace apenas unos meses y murió con la creencia de haber reabierto esa cuestión. El mundo de la actualidad, para Royce, no es, una vez más, la única realidad. En verdad, sostiene, no podría haber ciencia del todo si la lógica no nos

permitiera entrar en otros órdenes de existencia que el de lo actual; o si no pudiéramos estudiar entidades enteramente hipotéticas, tales como mecanismos desconocedores de la fricción o conductores perfectos que no existen y quizás nunca podrán existir.

Sería interesante detenernos en Royce para estudiar minuciosamente las implicaciones de su lógica; pero el tiempo urge, y pasaremos a Santayana, para llegar más pronto a John Dewey.

En Santayana quisiera señalar algunos hechos relacionados más con su persona que con su filosofía, aunque más no fuese para poner de relieve a una figura que no debiera permanecer desconocida en los países de habla castellana. Un niño español de muy tierna edad fué traído hace cosa de cincuenta años a los Estados Unidos. Después de su primera educación ingresó a Harvard, donde estudió filosofía; adquirió allí la mejor prosa inglesa que se haya escrito durante los últimos dos lustros; escribió buenos libros y muy buenos versos; fué catedrático de filosofía y estética en varias universidades; al morir William James fué destinado a ocupar la famosa cátedra de Cambridge; hace algunos años fué solicitado por Oxford, Inglaterra, para dictar un curso en la clásica escuela inglesa, en cambio de un curso similar que daría Bertrand Russell en los Estados Unidos. Y, curioso es decirlo, a pesar de toda esta odisea suya, Santayana, a quien me refiero, parece haber conservado muy intactos su espíritu latino y alma de español, a punto de que no se sabría decir, a ciencia cierta, si en sus correrías por Estados Unidos, España ha ganado o perdido su filósofo nacional. Pero una cosa es cierta y quiero dejarla bien sentada aquí: cuando Santayana sea traducido por algún Ortega y Gasset al español, España habrá recuperado el tesoro literario más envidiable. Su voluminosa obra filosófica ha sido comparada por Eucken, tanto por la profundidad sistemática de su técnica como por la joya literaria que encierra, con los escritos del poeta filósofo griego.

A mi modesto criterio personal, su obra expresa en su conjunto un profundo desdén por lo que él mismo llama "la inmanente disposición teutónica" de una gran parte de la especu-

lación filosófica contemporánea; "esa disposición espiritual (dice) que nos dejaron como sobras de un festín grecorromano de sabiduría los bárbaros que vinieron al mundo a reexaminar el proceso del conocimiento, a retocar la topografía de la vida humana y a reconstruir el pasado y presente del universo."

La marcada división que para él existe entre las tradiciones grecorromanas y teutónicas de la filosofía, coloca a Santayana y a la legión de sus discípulos entre los más vigorosos opositores de toda índole de idealismos objetivos. Efectivamente, uno de los muchos y muy grandes méritos de su obra es el de la consistencia lógica con que sostiene la doctrina de que el idealismo más significativo no puede ser más que una idealización artificiosa. Para él toda teleología ontológica no puede ser objetiva, sino experimental, o sea volitiva y reflexiva. De otro modo: no es más que un mecanismo abstracto de idealización y no un sistema que se ocupa en cosas que podríamos de algún modo llamar puramente ideales.

Partiendo de la base de que no puede haber nada ideal que no tenga por fundamento algo material, y nada material que no dependa de algo mental para tener sanción de existencia, Santayana sostiene que lo ideal y la idealidad difícilmente podrían ser posesiones humanas si hubiera algo de verdad en la filosofía idealista objetiva. Este punto de partida reafirma en Santayana y en los que lo siguen un realismo naturalista que reconoce el carácter de transacción de la experiencia, y la necesidad de contralorear el conocimiento por medio de esfuerzos inteligentes; un naturalismo que, como la misma obra de Santayana lo demuestra, puede expresarse en la ciencia y en la filosofía con la gracia y la severidad que acompañan a los grandes ideales.

No sé por qué razón se me ha ocurrido a veces pensar en Santayana y figurármelo ocupando un capítulo de alguna historia de la filosofía que no abarcara más allá del período de Santo Tomás de Aquino y que fuera vista retrospectivamente por Santayana mismo. Y muy sobradas razones tenía para hacerlo, porque llegaba con frecuencia a localizarlo históricamente como un raro estoico, que presenta una bien equilibrada combinación de esta naturaleza en el pensamiento y en

la personalidad de Santayana. En ella todos los valores parecen ser relativos; todas las lealtades parecen estar supeditadas tanto a la felicidad cuanto a la verdad; y todas las necesidades de una ética son legítimas por el mero hecho de que proceden de la existencia del dolor, el peligro y las consecuentes ocasiones de piedad entre los hombres. Pero esto no es todo: al lado de su propia visión y análisis de la vida y el universo, Santayana siente una necesidad personal de vivir una vida razonada, dentro de las corrientes culturales de la civilización occidental. Su pensamiento necesita de Eurípides, de San Agustín, y requiere viejas catedrales cuyas obras de arte traen a su memoria el pacto entre Roma y Galilea.

Estas exigencias personales son el eje de su valiosa contribución a una rama filosófica tan importante como poco cultivada: la estética. Detengámonos un momento en este aspecto de la obra de Santayana.

La doctrina cardinal de su estética es la de que el lugar que ocupa el sentido de la belleza en la vida es mucho más importante que el que jamás podrá ocupar la estética en la filosofía.

Este punto de partida lleva a Santayana de la didáctica de la estética y de la historia del arte a una actitud psicológica hacia el arte. Y esta actitud se traduce en una psicología del gusto, a la cual dedica Santayana uno de los volúmenes de su gran obra titulada *La vida de la razón*.

Llévanlo a una psicología del gusto, más bien que a una filosofía o historia del arte, sus tendencias naturalistas a toda prueba, las cuales lo hacen mucho menos sensible a la belleza misma que al curioso problema de las inclinaciones artísticas humanas y la diversidad de sus manifestaciones en la historia. Su estética, por tanto, tiene por objeto entender el origen y las condiciones de los sentimientos estéticos, y la relación entre estos sentimientos y el resto de la naturaleza humana.

Uno de los interesantes problemas que resuelven sus teorías es el de la relación que guardan las lucubraciones de la estética con algunos sentimientos de lo bello. Y selecciono este problema para presentar uno de los que pueden dar una idea de las principales tendencias dominantes en el espíritu de Santa-

yana. Estas selecciones son siempre deficientes y peligrosas; pero la falta de tiempo obliga a hacerlas aquí, para no tener que entrar en una variedad de cuestiones que necesitarían mucho más espacio del que dispongo, para no hacerles justicia demasiado sumaria.

En la solución del problema que queremos señalar, las teorías de la belleza más arbitrarias e irreales, las teorías que, como explicaciones de lo bello en general, han sido desacreditadas y rechazadas, reciben cierta sanción de legitimidad como interpretaciones de momentos dados de la vida o de la experiencia estética. Tomemos un ejemplo extremado en algunas teorías semirreligiosas de lo bello, v. gr. la de que la belleza es una revelación de atributos de la divinidad. Claro es que Santayana no endosaría una creencia semejante. Como bueno y proverbial filósofo, me imagino que ante esa afirmación diría que, aun en el supuesto de que la belleza fuese una revelación de atributos divinos, siempre se nos plantearía el problema de saber por qué motivo nos embelesarían tales atributos.

Sin embargo, dice Santayana, en ciertos momentos de nuestra vida contemplativa, cuando somos objeto de algún exceso de emoción, el deleite que experimentamos con algún objeto de arte los que hemos llegado a poseer principios e ideas generales acerca de la vida o el universo, puede no ser más que el sentimiento de que el objeto de arte en cuestión es una manifestación de esas ideas o principios generales. Así también, el firmamento azul puede ser causa de un verdadero sentimiento estético, por la única razón de que parece ser la imagen de una conciencia tranquila o de la juventud pura y eterna de la naturaleza. Semejante significado del firmamento se debe a ciertas sensaciones que lo combinan con un orden de tranquilidad, pureza y eternidad. Y Santayana concluye que en una mente en que la esencia de lo puro y eterno está involucrada en la idea de Dios, debe unirse en buena ley aquel significado del firmamento azul con la idea de Dios. En este ejemplo vemos claramente que la estética de Santayana se propone decirnos qué son y no qué deben ser lo bello y lo feo. Estética es para él un interés descriptivo.

Cierto es que la belleza en su sentido descriptivo es, para un investigador como Santayana, una especie de objetivación del placer; pero a un investigador tan minucioso no puede escapársele el hecho de que, dentro de ese proceso de objetivación, el hombre aporta contribuciones permanentes al nombre mismo. Estas contribuciones, dice, ponen a la humanidad en contacto con un estado de cosas más perfecto que los órdenes de existencia revelados por la razón o por cualquier otro sentido o inclinación que el de lo bello. La belleza, a su juicio, es por eso una de las más hermosas manifestaciones de la perfección y la mejor prueba de su factibilidad entre los hombres.

## II

Y pasemos ahora a John Dewey. Puede decirse que lo que en Royce y Santayana y James es intuición personal profundamente sugestiva, se convierte en Dewey en un cuerpo de bien organizadas y bien sistematizadas argumentaciones, que pueden aprenderse y enseñarse, exponerse y defenderse con facilidad, y pueden emplearse como base de doctrinas sociales, sistemas educacionales y teorías científicas. Así se explica que el número considerable de sus discípulos se acrecienta cada día con un entusiasmo abiertamente agresivo no sólo en filosofía, sino también en esferas intelectuales afines.

Esa gran influencia de Dewey procede, en parte, de sus raras cualidades de maestro. Dewey es uno de esos maestros extraordinarios que podrían hablarnos en un mismo lenguaje tanto en la cátedra universitaria como en una mesa de café. Además, dueño de esa rara virtud que un estudiante de la historia de la filosofía adivina inmediatamente en Spinoza, la virtud de impresionar el mundo con una profunda sencillez, Dewey está emancipado de esas complejidades humanas que permiten a algunos filósofos muy modernos eliminar el alma o la conciencia como entidad psicológica y al mismo tiempo hablar de estos subconscientes y leer con avidez a Freud, ese sabio austriaco de quien nos habló Dumas.

Esa emancipación de Dewey tiene su historia. En su juventud, John Dewey fué idealista, embanderado en esa escuela ortodoxa del neohegelianismo, que profesa combinar la ciencia moderna con un idealismo pseudorreligioso. Pero tuvo la suerte de ser él mismo uno de los protagonistas de ese drama que se operó en la psicología hace cosa de veinticinco años, cuando se descubrieron algunos de los pecados originales más graves de esa ciencia. Por consiguiente, pudo él hallar muy pronto una gran incompatibilidad entre el supernaturalismo que ha estado siempre latente en las tendencias idealistas y la descripción biológica o naturalista de la inteligencia.

Pero, a mi propio juicio, lo que más ha contribuído a robustecer la influencia que Dewey ejerce en la presente generación filosófica, ha sido, sobre todo, el interesantísimo hecho de que su pensamiento, más que el de ningún otro filósofo moderno, está en consonancia con el temperamento intelectual y social de nuestra era. Su teoría cardinal de que el pensamiento se origina en el proceso de la vida orgánica y debe ser juzgado según el criterio de las alteraciones que precipita en el medio ambiente, forma un cuerpo de doctrina que concuerda con las aspiraciones de una civilización, consciente de sus numerosas deficiencias y de las numerosas conquistas que le restan hacer en la naturaleza, y que está más o menos decidida a no cifrar sus esperanzas en ningún otro reino que éste en que nacemos y morimos. Es una doctrina que tiende a señalar los elementos helénicos de nuestra civilización, los elementos que nos impulsan a iluminar nuestra acción con las expresiones más libres de la inteligencia.

Impregnada de un fuerte sentido de responsabilidad por tareas humanas que están sin realizarse, esta doctrina se interesa en el posible y provechoso concurso que puede presentar la filosofía a la realización de esas tareas.

Así se explica que Dewey haya llevado a las doscientas escuelas o facultades de filosofía de los Estados Unidos una especie de convicción, ya arraigada en casi todas ellas, de que en la época en que vivimos hay una acumulación de cambios de vida social y adquisiciones de orden intelectual, que justifican y sencillamente requieren una disposición filosófica encaminada a

abandonar muchos de los problemas transplantados o heredados de una remota antigüedad. No quiere esto significar una tendencia de Dewey que estuviese encaminada a olvidar los grandes maestros ni los transcendentales problemas filosóficos que a éstos preocuparon. No: muchos son los estudiantes europeos que han cruzado el mar para inscribirse en algún curso dictado por Dewey, sobre Aristóteles o Leibnitz; pero sí quiero decir que pocas cuestiones pueden tener tanto interés para el estudiante o el estudioso contemporáneo de filosofía que la de la legitimidad de los problemas filosóficos tradicionales, frente a las condiciones sociales y científicas del presente. Por eso, llegando a la conclusión de que muchos de estos problemas tradicionales subsisten en nuestros días por el mero hecho de que han estado en discusión en alguna era dada, y no porque alguna condición contemporánea los sugiera, los justifique o los exija, esas facultades de filosofía han sido fuertemente impresionadas por la tendencia de Dewey, de hacer que la filosofía deje de estar constituida por meras palabras, expresión de antiguas preocupaciones, y se convierta en uno de los elementos integrantes de nuestra vida; o hacer, como él mismo dice, que la filosofía no prosiga en su papel de mero espectador de las tragedias y comedias humanas que se desarrollan en su alrededor, y cargue con la parte de responsabilidad que tiene en cada una de ellas.

La influencia que ha marcado ese sentido de responsabilidad de que están penetradas las ideas de Dewey se manifiesta en cada uno de los problemas que su filosofía desarrolla.

Tres actitudes especiales se revelan en la unidad total de esta última. Primera, la actitud del método científico inductivo de la hipótesis y la verificación; segunda, la actitud del principio de un orden social, donde cada individuo ocupa una posición adecuada para que sus contribuciones a la sociedad no sean ni cargas individuales ni cercenamientos hechos por otros individuos; y tercera, la actitud del principio de la psicología funcional, esencialmente biológica, que versa sobre crecimientos y actividades mentales, más bien que sobre estados o elementos de conciencia.

El punto en que convergen estos tres aspectos es el de la experiencia o la integración orgánica y organizada del agente y el medio ambiente. Para esta integración, el hombre o agente cuenta con órganos especiales de adquirir, sofrenar o contralorear la experiencia. Y uno de sus órganos principales es el del cerebro, cuya función más importante, el pensamiento, da por resultado las artes, las ciencias, las religiones y hasta las filosofías del hombre. Toda la epopeya humana de estos resultados es la historia de los esfuerzos del hombre encaminados a determinar y contralorear su experiencia.

De este punto de convergencia de las tres actitudes cardinales que hemos señalado se desprenden una filosofía de la educación, una ética, una actitud hacia la metafísica y una lógica. Veamos brevemente el carácter que tiene cada una de estas disciplinas filosóficas al través del pensamiento de John Dewey.

La educación es una parte integral de su filosofía. La sociedad, para él, vive en y por la educación, dada la gran responsabilidad que tiene esta disciplina en las manifestaciones sociales de la experiencia.

Hay dos elementos esenciales en esta filosofía de la educación: el de la entidad psicológica del individuo, que por naturaleza responde de un modo característico al estímulo o ambiente pedagógico; y el elemento de valor y de finalidad que está involucrado en un ideal social, selectivo, pero que también *sine qua non* en las prácticas pedagógicas. En la selección y la definición de este ideal interviene la filosofía, y como resultado de ello se desprende que la filosofía debe hacer esquemas de vida y la educación debe ponerlos en práctica.

La ética de Dewey ahora. — La ética de Dewey es una actitud nueva hacia los problemas de orden ético, más bien que una nueva serie de normas morales. En este cambio de actitud desaparecen las causas finales o el aislado y remoto *summum bonum*, y los aislados remotos medios que conducen a él. En lugar de causas y medios finales, Dewey propone la multiplicidad de bienes concretos y actuales, y estudia la variedad de medios inmediatos con que cuenta el hombre para realizarlos. Emplean-

do estos medios, muchos de los cuales se hallan a nuestra disposición en los recientes progresos de la fisiología, la psicología y la antropología, la ética se encarga de decirnos qué es lo que puede hacer el hombre antes de predicar qué es lo que debe hacer el hombre.

Sólo una falta de familiaridad con esta ética puede denunciarla como más imprecisa que las basadas en el concepto de finalidades únicas y de facultades morales determinadas. Sin embargo, numerosas son las protestas que se levantaron contra ella, tomando por base ese tan reconfortante y, por veces, tan ingenuo humanismo comtiano, que postula leyes que rigen el orden de los fenómenos morales, a la manera de las que dominan en el reino de los hechos físicos y naturales.

Cabe aquí una palabra de ataque contra esas protestas. El postulado en que se afirman es, en realidad, la herencia de un arcaico animismo. Es el producto de traducir la naturaleza a un lenguaje político, cual si fuera con el propósito de poder luego traducir toda suerte de sanciones políticas por arbitrarias que sean en términos de los fenómenos de la naturaleza. Esa noción ha tenido un proceso evolutivo interesante en la historia del pensamiento humano. De una teología medioeval ha pasado a la ciencia de Newton, para quien la naturaleza era el dominio de un soberano cuyas leyes eran las propias de la naturaleza. De la ciencia newtoniana pasó la misma noción al deísmo del siglo XVIII, para meterse luego en la filosofía del Renacimiento y hallar su último amparo en la idea spenceriana de un medio ambiente estático y de un estático fin.

El problema que plantea a la ética esta noción, animista, es idéntico al que planteaba a la ciencia en general el peligro que sintieron los coetáneos de Copérnico ante el descrédito en que iba cayendo aquella doctrina según la cual toda ciencia, para ser valedera, o verdadera, si se quiere, debe ser una ciencia de causas finales.

¡Cuán infundado era aquel temor! En realidad, la abolición de las causas finales o de esencias ideales en la naturaleza no quitó ni importancia, ni valor humano, ni verdad alguna a las convicciones racionales. Claro está que ello se debía a que

acompañaba a dicha abolición una técnica de minuciosa y persistente investigación, que condujo al descubrimiento de fuerzas imprevistas y de numerosos empleos a que podían supeditarse esas fuerzas. Mas, por eso mismo, venga en buena hora el ejemplo que tiene la historia de las ciencias para la ética. Con la abolición de las causas finales teológicas o metafísicas, la ética nos llevará a una multiformidad de bienes humanos hoy desconocidos, polarizará nuestra atención en las condiciones especiales que pueden precipitar el bien y evitar el mal; nos revelará un considerable número de empleos de la ética, hoy ocultos, y, lo que es más todavía, nos hará dueños de un método de investigación, sancionado ante la ciencia y responsabilizado ante la sociedad. La ética, entonces, podrá relegar al artista el papel, tan mal desempeñado hasta ahora por el filósofo, de coleccionar y coordinar la totalidad de los valores morales de la vida, y podrá estar segura de que, al hacerlo, la síntesis que resultase de la obra del artista no sería un aislado y remoto *summum bonum* más en la historia de la filosofía, sino un solo bien más entre las excelencias de la vida.

Tal es, a mi entender, la anunciación que encierra la ética de Dewey. Ahora la actitud de Dewey hacia la metafísica puede concretarse en pocas palabras, si se observa detenidamente su concepto de la realidad. Como todos sus colegas de la escuela pragmatista, John Dewey atribuye a la realidad un sentido humano, muy humano, geocéntrico y antropomorfo, si se quiere. Pero hay que hacer muchos distinguos cuando se habla del pragmatismo. La tendencia es nueva como escuela, y para su edad, puede decirse, tiene un número demasiado considerable de afiliados. Sea esto una deficiencia o no, lo cierto es que varios diccionarios ingleses de reciente edición hallan más de diez significados a la palabra "pragmatismo", y un filósofo norteamericano, Lovejoy, acaba de publicar un estudio, en el cual llega a la conclusión de que hay, por lo menos, once tendencias distintas en la escuela pragmatista.

Todo esto se refleja en el concepto pragmatista de la realidad. Para James la realidad es maleable e indefinida, y recibe sus últimos retoques en manos del hombre. En Italia, Papini

sintió entusiasmos ditirámicos por esta doctrina de James, y no cejó en atribuir al hombre todas las funciones que en ciertos fervores religiosos se atribuyen a la divinidad. Bergson ha sido mucho más modesto que Papini en este orden de ideas. Aunque está de acuerdo con James en lo relativo al elemento humano de la realidad, sostiene que la realidad de que éste habla es la que encontramos en la ciencia; es una realidad de la cual el hombre es autor, no por haberla creado, sino por haberla deformado. Ahora bien: Dewey no tendría objeción en admitir buena parte de la posición en que Bergson se coloca; pero se aleja considerablemente del filósofo francés cuando éste postula la superioridad de una realidad conocida por otra función que la de la inteligencia. Que exista alguna otra realidad que la revelada por la inteligencia, no lo niega Dewey. Pero cuando Bergson sostenía en Nueva York la existencia de una realidad superior a ella, vimos que Dewey se retiraba del anfiteatro exclamando: "Palabras, nada más que palabras".

Y, para terminar, digamos algo con relación a su lógica. Se trata de la lógica instrumentalista — como la llaman Dewey y sus discípulos, — que sirvió de base al libro de James titulado *Pragmatismo*. Debido al momento histórico en que fué formulada, su exposición ha sido hecha siempre con espíritu de controversia. Esa situación es la que crearon, durante los últimos veinticinco años, las tendencias idealistas, por una parte, influidas profundamente por el pensamiento neokantiano; por otra, esas tendencias realistas que se vigorizan bajo el influjo de las obras de Russell en Inglaterra, de Mach en Alemania y de Holt en Estados Unidos. Período es éste, sin embargo, en que ha surgido una gran reacción contra la especulación intelectualista que caracteriza a la metafísica moderna. Y la lógica de Dewey debe ser juzgada como parte de esa gran reacción, cuya nota principal es la de una hospitalidad mental, por así decir, para con el hecho de que los progresos recientes de la psicología y la biología exigen una fuerte revisión de las tradiciones epistemológicas.

En la lógica de Dewey la repercusión de estos progresos científicos se traducen en la doctrina de que el conocimiento

está coloreado, determinado o contraloreado por procesos mentales como los de la atención, el interés, la curiosidad, la emoción y otros. Insiste por eso en que todo conocimiento es personal y tiene un propósito que trasciende a sí mismo. Por los mismos motivos niega la razón pura. Un juicio que no esté movido e inspirado por procesos mentales como los que hemos enumerado, es para él una cosa imposible de formularse. Por ello este filósofo sostiene que es un error pretender formular una lógica que no esté íntimamente vinculada a la psicología.

La vinculación con la psicología lleva a la lógica de Dewey a una situación ventajosa en muchos sentidos sobre los demás sistemas afines. Una de sus ventajas es la de que puede abarcar todos los aspectos de la experiencia, mientras que los demás sistemas pueden hacerlo con uno o con muy pocos de sus aspectos. Así, por ejemplo, los sistemas empiristas atienden al aspecto individual y utilitario de la experiencia, descuidando los intereses y elementos ideales y sociales. Los racionalistas señalan un orden universal de significados, en completo aislamiento de los hechos materiales con que los primeros se relacionan. Los sistemas idealistas encaran la experiencia en su aspecto espiritual o religioso, separado del orden de los fenómenos físicos.

A juicio de John Dewey, las exigencias y las aspiraciones sociales de nuestra era — basadas en el concepto de un libre intercambio en las ideas y de una continuidad social en los humanos, — requieren que la lógica encuentre en el conocimiento un método por el cual un aspecto de la experiencia sirva de significado y de vehículo a todos los demás. La lógica de John Dewey ha satisfecho tal demanda por medio de una solución especial del dualismo tradicional entre la sensación y percepción, consistente en haber unido la sensación y la percepción en la conducta, en la acción humana, la cual, para Dewey, es el motivo y el fin del conocimiento.

A ninguno de cuantos están familiarizados en la controversia de cuatrocientos años entre sensacionalistas y racionalistas se le escapará la importancia del problema, sino de su solución especial que aquí señalamos. Por eso he de insistir

en él para poner de relieve algunos de los detalles de la posición de Dewey al respecto.

John Dewey adopta una actitud interesante hacia las dos alas del tradicional dilema. Las dos son importantes y ambas valiosas. El sensacionalista ha desempeñado un papel importante en la historia de la lógica, al hacer indispensable, en un conocimiento genuino, la participación y la responsabilidad del individuo. El racionalista, por su parte, ha unido un papel igualmente importante al reafirmar la convicción de que el conocimiento requiere organización permanente y la intervención de factores inalterables, independientes de las capacidades individuales.

Hasta este punto la posición de Dewey ante el dilema no hace más que recordarnos el postulado de Kant, según el cual la sensación sin la percepción es ciega y la percepción sin la sensación es vacía. Pero así como es inevitable la situación en que se ha colocado Kant, así también para Dewey esa situación no puede satisfacernos, pues ha dejado la controversia tal cual la encontró y ha agregado a ella, además, el misterio de un fin o de la unión de la sensación y la percepción. No se le escapa la importancia que ha tenido la solución de este misterio en manos del epistemólogo neokantiano, al hacer del juicio la relación entre la percepción y la sensación. Pero el pensamiento neokantiano deja mucho que desear, en opinión de Dewey, cuando, después de haber hecho del juicio una relación entre la percepción y la sensación, se ve obligado a definir el juicio en términos de su definición del conocimiento.

John Dewey sostiene que el conocimiento puede definir las percepciones y elaborar las concepciones, como lo afirma la epistemología neokantiana; pero la unión de ellas sólo puede efectuarse en la acción, tal como lo comprueba la aceptación general del método científico como instrumento de verificación. Sólo la acción puede reconciliar lo tradicional, lo general y lo permanente, con lo individual, lo nuevo y lo contingente. Sólo la acción, la acción que es objeto del estudio de la psicología funcional, la acción que traduce manifestaciones de la conducta.

puede ser la solución del gran misterio de la unión entre la sensación y la percepción.

Quizás ha de interesar más que estas consideraciones el aspecto de la lógica de Dewey relacionado con su actitud hacia nociones fundamentales como las de "verdad", "error", "realidad". Según esta lógica, la "verdad" no puede definirse como una conformidad entre el pensamiento y la realidad. A los sistemas trascendentalistas y absolutistas, la lógica Dewey arguye: ¿cómo puede saber el pensamiento que corresponde o se conforma o se ajusta a algo que lo trasciende?

Pero veamos, para terminar, el lado afirmativo o positivo de su concepto de verdad. Desde que la verdad es un valor y es vitalmente valiosa, y desde que todo significado depende de su relación con la mente humana, no puede haber verdad en sí "absoluta", divorciada de todo propósito humano. Por otra parte, desde que toda verdad es fundamentalmente una creencia, una afirmación, un juicio que puede resultar falso, tiene que ser verificada. Y al verificarla, tratamos por un lado de distinguirla del error; y, por otra parte, de resolver el siguiente interrogante: ¿qué es lo que hace que un juicio, una creencia, una afirmación sea verdad?

A esta pregunta Dewey responde que en distintas ramas del saber, distintos son los métodos de verificación y distintos, por tanto, los elementos que contribuyen a la sanción de verdad. Pero en todas ellas, observa Dewey, hay un elemento común, a saber: el de que la verificación siempre está influida por las consecuencias a que dan lugar las creencias, las afirmaciones o los juicios. En todas ellas, sólo cuando las consecuencias de un juicio son aceptables dentro de los elementos de nuestro conocimiento, sólo entonces se considera ese juicio como verdad. Y este elemento común, el de las consecuencias de nuestras afirmaciones o creencias, es el criterio de verdad que emplea la lógica de Dewey, adoptado luego por las distintas tendencias de la escuela pragmatista.

Algunos de los elementos que forman el grueso de la doctrina en que descansa la lógica de John Dewey no son nuevos

aquí, según he notado por los juicios desfavorables que merecieron en esta Facultad y entre algunos estudiosos uruguayos, al ser conocidos a través de William James. Permítaseme sugerir, a este propósito, que sería interesante que naciera un poco de discusión. Pero debemos dejar esto para otra oportunidad; por hoy, nada más.

A. A. JASCALEVICH.

## ODA DE BAQUILIDES <sup>(1)</sup>

### TESEO O LOS JOVENES

- ESTR. 1 La negra nave que al audaz Teseo  
y dos septenas de lozanos hijos  
llevaba de los jonios,  
hendía el mar de Creta, pues caían  
en la de lejos reluciente vela  
las boreales auras,  
merced a la guerrera ilustre Atena.  
Allí en el pecho a Minos se clavaron  
los peligrosos dones  
de Cipris, coronada de deseos:  
su mano, de una virgen,  
ya contener no pudo, y fué a tocarle  
las cándidas mejillas. Alzó el grito  
Eribea, llamando  
al lorigado nieto  
de Pandión: viólo Teseo; torva  
debajo de las cejas  
revolvió la pupila; desgarróle  
cruel dolor el pecho,  
y dijo así: "¡Oh hijo de Zeus supremo!  
ya no gobiernas más dentro de tu alma;  
un honesto deseo  
refrena ;oh héroe! tu altanera fuerza.
- ANTIST. 1 Cualquiera sea la suerte que el divino  
omnipotente hado nos señale

(1) Véase núm. 55 de "Verbum", pág. 290 y sigtes.

y decidan las pesas  
 de la Justicia, el prefijado sino  
 sabremos acatar cuando nos llegue;  
     mas tú el dañoso intento  
 reporta: que si a ti, bajo la cresta  
 de Ida con Zeus yogando, la de Fénix  
     honesta, ínclita hija  
 te engendró sin rival entre los hombres,  
     también a mí, del rico  
 Piteo la hija, uniéndose al marino  
 Posidón me engendró, y un áureo velo  
     le dieron las Nereidas  
     de renegridas trenzas.  
 Por ende, a ti, caudillo de los Cnosios,  
     te ruego que contengas  
 el pernicioso ardor, pues no quisiera  
     de la inmortal Aurora  
 ver más la amable luz, si tú violases  
 alguno de los jóvenes: primero  
     la fuerza mostraremos  
 del brazo, y luego juzgará el destino.”  
 EPOD. 1 Tal dijo el héroe de atrevida lanza,  
     y pasmados los nautas  
 vieron del joven la arrogante audacia.  
 Al cuñado del Sol la ira en el pecho  
 se le encendió, y urdiendo un peregrino  
 pensamiento así dijo: “¡Oh poderoso  
 Zeus, padre mío, escucha: si de veras  
 la doncella fenicia de albos brazos  
 para ti me engendró, manda del cielo  
 una veloz centella de ígneas crines  
 por señal manifiesta. Y tú, si es cierto  
     que la trezenia Etra  
     también para el tremendo  
     Posidón te ha engendrado,  
 este luciente adorno de mi mano,  
 echándote arrojado a la paterna

morada, del profundo mar me trae.  
 Mas ya verás si con favor escucha  
 mis ruegos el Cronida,  
 señor del trueno, que gobierno todo.”

ESTR. 2

Oyó el potente Zeus la desmedida  
 plegaria, y dando a Minos honra excelsa,  
 pues quiso al hijo amado  
 hacerse totalmente manifiesto,  
 desgarró una centella. Al ver el grato  
 prodigio alzó las manos

Al éter sacro el héroe valeroso  
 y dijo: “Ya, Teseo, estas patentes  
 señas de Zeus has visto:  
 al fragoroso mar lánzate ahora  
 y tu padre, el Cronida,  
 divino Posidón, hará que obtengas  
 excelsa gloria en la arbolada tierra.”

Dijo, mas de Teseo  
 el ánimo brioso  
 no se hizo atrás: subiéndose a la firme  
 toldilla del alcázar,  
 saltó en el mar, y la marina selva  
 le acogió blandamente.

Sintió el hijo de Zeus secreto asombro,  
 y ordenó mantener con viento en popa  
 la bien construída nave;  
 mas preparaba el hado otro camino.

ANTIST. 2

Corría el raudo leño: lo empujaban  
 cargando a popa los boreales soplos.

Los jóvenes de Atenas  
 se estremecieron todos cuando el héroe  
 se arrojó al mar, y por los tiernos ojos  
 el llanto derramaban,  
 apercibidos al cruel destino.

Mas los delfines que la mar habitan  
 llevaban velozmente  
 al gran Teseo de su ecuestre padre

a casa, y de los dioses  
 llegó al palacio. Allí miró asombrado  
 las nobles hijas del feliz Nereo,  
     pues sus radiantes formas  
     un resplandor lanzaban  
 como de fuego; en torno del cabello  
     llevaban cintas de oro,  
 y el ánimo alegraban con la danza  
     de sus ligeras plantas.  
 Y vió a la amada esposa de su padre,  
 a la augusta Anfitrita de ojos glaucos  
     en la morada amena,  
 quien le vistió con un purpúreo manto  
 y le asentó sobre el rizado pelo  
     una rica diadema  
 que, enlazada de rosas, en su boda  
 la dolosa Afrodita le ofreciera.  
 Nada de lo que ordenan las deidades  
 es increíble a los mortales cuerdos:  
 Junto a la nave de ligera proa  
 surgió Teseo: ¡oh, en qué meditaciones  
 detuvo al Cnosio jefe cuando enjuto  
 salió del mar, y en torno de sus miembros  
 brillaban los presentes de los dioses!  
     Entonces las doncellas  
     de relucientes tronos,  
     con gozo repentino  
 gritaron jubilosas: sonó el ponto,  
 y de cerca los jóvenes donceles  
 cantaron un peán con voz amena.  
 ¡Oh Delio! escuche con placer tu alma  
     los coros de los Ceyos,  
 y haznos merced de próspera fortuna.

EPOD. 2

## LA CUESTIÓN UNIVERSITARIA

---

La crisis universitaria no está resuelta. Persiste en los mismos términos que hace veinte años, cuando empezó a agitar a nuestro pequeño mundo de estudiantes y profesores. Y esto a pesar del largo tiempo transcurrido, de la continua agitación en que se ha vivido, de las violentas convulsiones que ha ocasionado y de las reformas del organismo universitario que han sido su consecuencia.

Nada ha cambiado en el fondo del asunto. Y la esterilidad de los movimientos universitarios se explica, por su mala dirección. Subordinados al interés de las fuerzas ocultas que los han dirigido, en la casi totalidad de los casos sólo han servido la ambición de unos pocos intrigantes, que se han valido de ellos para desalojar a algunos de sus posiciones, colocarse en su lugar y substituirlos en su influencia.

El mal no ha sido atacado en sus causas y, quedando siempre en pie, ha sido utilizado para mantener la agitación contra los detentores del gobierno de la universidad, unas veces por los que ellos desalojaron, y otras por nuevas ambiciones que han aprovechado la oportunidad de elevarse con el desprestigio de los otros.

La agitación universitaria no ha alcanzado sus propósitos de mejoramiento. El mal persiste; y cada vez que la agitación ha tomado formas convulsivas, — dirigida aparentemente contra la insuficiencia de una parte del personal docente, — se ha podido comprobar que los sindicatos como malos han resistido el embate de las fuerzas que quisieron desalojarlos, quedando incommovibles en sus puestos, y que, en cambio, en todos esos casos la universidad ha tenido que lamentar invariablemente la separación de algunos de los profesores más preparados e inteligentes.

Alejado, siendo estudiante, de las agitaciones estudiantiles, y no habiéndome afectado ellas como profesor, no por eso

ha dejado de preocuparme el problema universitario argentino. Y, apenado por la falta de inteligencia observada en las soluciones que se ha pretendido darle, he sentido, en diversas oportunidades desde 1904, la necesidad de ceder al impulso de expresar mi opinión. Así es como, con motivo de la última reforma, la más transcendental que haya sufrido nuestra universidad, creí deber recordar ante mis alumnos mis opiniones al respecto, ya que tanta influencia habría de corresponderles en el gobierno de la universidad. Y el fondo de las ideas, emitidas en una conferencia de mi curso de 1919 en la Facultad de Filosofía, es el que reproduzco en este artículo.

La carencia de profesores determina el problema universitario argentino. Y al decir profesor universitario, tomo el término en su sentido moderno; refiriéndolo a las funciones propias que las necesidades presentes le asignan.

Creo, con Hartmann, que desde el descubrimiento de la Imprenta, el profesor universitario que concibe su misión como la de enseñar una materia por medio de conferencias, ha perdido su razón de ser. Se aprende mejor leyendo que escuchando. Hasta podríamos llegar a decir que sólo se aprende leyendo. Las condiciones que requiere una buena conferencia son la negación de las que requiere un buen aprendizaje. Una conferencia para interesar debe cuidar más la forma que el fondo. El que habla de una manera demasiado precisa, se hace insoportable. La conferencia, para ser eficaz, sólo debe aspirar a dar la sensación del asunto: no debe ser la exposición de la materia. En cambio, el libro no sólo puede ser preciso: es necesario que lo sea. El libro se lee con detenimiento. Se puede interrumpir la lectura para repetir lo que no se ha comprendido bien. El libro es insustituible para el aprendizaje. La conferencia puede tener razón de ser cuando no existe el libro; pero, como medio de enseñanza, no la tiene desde el descubrimiento de la Imprenta.

La conferencia puede ser eficaz para dar la sensación del asunto, y en este sentido tiene una función útil. Siendo una vista sintética, puede sugerir una idea general de conjunto, conveniente antes de entrar al estudio más preciso de la materia. Así puede ser una iniciación y puede servir para la dirección de las lecturas.

Otra razón que puede justificar la exposición en forma oral es, como lo hemos indicado, la ausencia de un libro que la haga. En este caso la conferencia tiene que ser el substitutivo del libro; pero, con todo, un substitutivo *provisorio*, porque si el profesor tiene conciencia de su misión, de sus conferencias deberá salir el *manual* de la materia. Desde este punto de vista, podríamos decir que la función docente del profesor debe ser hacer el manual expositivo de su asignatura.

Mas si el libro existe, la exposición oral está demás. Por buena que la conferencia sea a los efectos del aprendizaje, siempre será inferior a un libro mediocre.

La función didáctica de un profesor universitario sólo puede consistir en la dirección de los estudios de sus alumnos, y en su iniciación en las prácticas de la investigación.

Pero la función didáctica no debe ser la que caracterice la actividad de un profesor universitario; por muy importante que se la considere, debe subordinarse a la actividad científica. Y hasta podríamos decir más, a saber: que para ser buen docente es indispensable que el profesor sea hombre de ciencia. No es posible que enseñe a investigar quien nunca ha hecho un trabajo científico.

La universidad, salvo en su aspecto de escuela profesional (escuelas de abogados, de médicos, de ingenieros, de profesores secundarios), debe subordinar su carácter de instituto de enseñanza al de instituto científico. La incomprensión del carácter que debe tener una universidad moderna es la causa del fracaso de todas nuestras reformas, y seguirá siéndolo mientras se cierran los ojos a las verdaderas necesidades.

En los muchos años que han transcurrido desde que vengo observando la agitación reformista, siempre he notado una verdadera inconsciencia respecto de los términos en que el problema universitario se plantea. Se ha ensayado toda clase de explicaciones para caracterizarlo y se han propuesto una gran variedad de medios para resolverlo, desde los que creían que lo harían los medios coercitivos para obligar a estudiar al estudiante malo, hasta la última reforma, que ha proclamado su libertad absoluta de aprender y el sometimiento a la influencia de los estudiantes, de la dirección que los profesores deben dar a sus enseñanzas.

Todas las reformas han fracasado y la última fracasará como las anteriores, porque no han atacado el mal en su causa. Unos han querido ver el mal universitario en la falta de preparación de los egresados; otros, en la deficiencia de los planes de estudio, y los terceros en la mala composición de los consejos directivos. De lo único que se han olvidado es de lo que constituye su fundamento esencial: la ausencia del profesor. La crisis de nuestra universidad es de profesores, pura y exclusivamente de profesores: de profesores que *hagan ciencia*, no de profesores que transmitan la ciencia que *hayan hecho otros*.

No tenemos investigadores. He ahí el sentido de la crisis universitaria argentina. Si la función normal de los profesores argentinos hubiese sido investigar como la de sus colegas europeos, el mal universitario argentino no existiría, a pesar de la buena o mala preparación de los egresados, de la bondad o de la deficiencia de los planes de estudio, o de la buena o mala composición de los consejos directivos; y la universidad se hubiese impuesto a la consideración de todos.

La falta de investigadores es lo que da sentido a la crisis universitaria argentina, y lo que explica su transcendencia social. Más de una vez el espíritu reformista ha comprendido la importancia de este hecho; pero la ignorancia de las causas que se oponen a la investigación en nuestro país no ha dado lugar a que se aportara el remedio debido.

En nuestra universidad casi no se investiga, y, cuando ello se realiza, hácese en forma deficiente. No todos los profesores tienen conciencia de su misión, y la mayor parte de los que la conocen no están en condiciones de realizarla. La ausencia del investigador se nota en todos los aspectos de la vida social argentina. Nos faltan invenciones técnicas; pero, más que éstas, nos faltan dirección moral y política. Nuestra crisis universitaria es una crisis de investigación y su importancia es social.

Hemos progresado mucho en todos los órdenes de la vida material y moral. En pocos años hemos pasado de un estado que parecía ser la negación de toda civilización a otro en que

presentamos las exterioridades de una civilización que muchos pequeños países europeos podrían envidiarnos.

Y todo lo que tenemos lo debemos a nuestras feraces campiñas. Ha bastado llamar al agricultor europeo, al menos culto, y entregarle nuestros campos, para que, al enriquecerse, enriqueciera al país. Nos hemos enriquecido sin esfuerzo.

El oro ha afluído a nuestras arcas. Y con el oro de nuestros ganados y de nuestros cereales hemos comprado todo lo que de la civilización europea se puede comprar: bienestar, lujo, la técnica de sus ingenieros y la ciencia de sus sabios. Y sus sastres, sus hoteleros y sus mujeres nos han vendido las exterioridades de sus costumbres.

De esa civilización hemos comprado todo lo comprable; pero no hemos podido adquirir por precio cuanto constituye su valor esencial, que es inalienable, esto es, la capacidad de hacerla. Nuestra civilización de importación recuerda la situación de los hijos de familia rica, de esa juventud dorada que siempre lo ha comprado todo, comida, sentimientos e ideas, y que no sabe qué hacer para comer, para divertirse, o para pensar, el día en que el mercader no acude a sus puertas. Esta afirmación, que en 1909 podía ser en mi boca una simple apreciación, se ha hecho una realidad el día que, puestos en guerra, los mercaderes no acudieron al mercado de nuestras necesidades. Nos faltó todo; y sufrimos las consecuencias de una situación que todos los países neutrales medianamente organizados supieron aprovechar para encumbrarse.

Comprar civilización no es ser civilizado, como no es artista quien compra cuadros. Civilizado es el que hace civilización, el que la crea original para sus necesidades: no el que la compra a fuerza de dinero. Y hay cosas que no se compran. Hemos podido comprar la técnica de los europeos, porque ésta es transportable. Pero hay cosas que no se transportan, como ser la dirección política y moral de una sociedad. Cada pueblo tiene sus necesidades propias, y lo que los europeos en materia social pueden haber pensado para ellos no es transportable a pueblos como el nuestro, de organización moral y política completamente diversas. Por eso vivimos completamente desorien-

tados. El espectáculo que presenta nuestro país, en este sentido, no puede ser más deplorable. Es que nos falta el cerebro social que debiera dirigirnos; no tenemos directores intelectuales.

En los países en que esa dirección está organizada, la universidad hace generalmente las veces de cerebro. Y porque la universidad argentina no realiza esa función, nuestro problema universitario es un problema de orden social. Si esto es así; si tal es el sentido de la crisis de nuestra universidad, es fácil comprender el absurdo de querer conjurarla con exámenes, planes de estudio u organización de consejos directivos.

Creer que se ha de resolver con exámenes y asistencias a clases, es suponer que la carencia de investigadores proviene de que la universidad no ha preparado sus egresados para la investigación. Creer que la causa de que los profesores no investiguen sea la consecuencia de los planes de estudio, porque no separan suficientemente la enseñanza profesional de la científica, es creer que la investigación se hace dictando clases. Y creer que la reorganización de los consejos directivos ha de poner fin a la crisis, equivale a afirmar que la actividad científica de los profesores depende del estímulo que pueda encontrar en las ordenanzas administrativas.

Todas esas explicaciones son a cual más absurda. Muchos de los grandes sabios del mundo no han sido universitarios; y no lo han sido en nuestro país los sabios más renombrados. La división de los cursos en nuestras facultades no ha determinado en ninguna el impulso de la investigación, y, conociendo la causa de su carencia, es inexplicable que se busque en ello un remedio. Y en cuanto a la acción de los consejos directivos, sólo serviría para obstaculizar la libertad de que deben gozar quienes se dediquen a trabajos de orden científico.

Nuestra crisis universitaria consiste en la carencia de hombres de ciencia en el profesorado. Y sólo la determinación de la causa de este hecho podrá ofrecer el remedio buscado. Ahora bien: la explicación no puede ser más sencilla. Nadie la ignora; pero se la desecha porque nuestro espíritu confuso y complicado requiere explicaciones difíciles para considerarlas im-

portantes. Y esa explicación tan sencilla es la de que en la organización de la vida moderna cada cual tiene que vivir de su ocupación, y de que hay ocupaciones que no dan para vivir. Entre ellas está la carrera de la investigación. Si esto es así, no hay por qué devanarse los sesos buscándole explicaciones al hecho de que no se investigue en nuestra universidad. Y si esa es la causa, el remedio también está dado: hágase posible que el investigador viva de su puesto, y no se dude de que investigará. Pero en nuestro país el investigador no sólo no puede vivir de su trabajo, sino que todo conspira en nuestro ambiente para alejarlo del estudio. La vida es cara de por sí; pero lo es mucho más si se tienen en cuenta las exterioridades que nuestro ambiente fastuoso exige a cuantos quieren llevar la vida de la gente medianamente distinguida. Y, aparte de esto, es tan grande el campo que se ofrece a la actividad económica, que se requiere un acto de energía para no dejarse arrastrar a él. Sin mayor esfuerzo ni necesidad de preparación, la riqueza está al alcance de casi todos los audaces. En estas condiciones, es fácilmente explicable que los intelectuales abandonen el árido campo de la ciencia, para seguir los caminos más fáciles que llevan, si no a la fortuna, por lo menos al bienestar, pues no hallan en la actividad científica ni siquiera la satisfacción moral de ver reconocido su trabajo, ya que basta para que se le desconozca su mérito la apreciación de cualquier necio que sienta fama de crítico y hasta de sabio, observando en otros las fallas de detalle, los *lapsus calami*, y hasta los errores de imprenta, aunque nunca haya producido nada, ni sea capaz de realizar obra propia.

Si esa es la causa de que no se estudie en nuestro país, podemos preguntarnos: ¿qué se ganaría con intensificar el rigor de los exámenes; qué se conseguiría con la preparación de investigadores en los cursos de seminario, si luego los idóneos no tienen puestos que ocupar en la sociedad? ¿Qué influencia puede tener sobre el estado actual de cosas la división que en algunas facultades se ha hecho de los cursos, en científicos y profesionales, si los egresados de los cursos científicos no tienen función que realizar en la sociedad? Y, por lo que se re-

fiere a los titulares de esas cátedras, ¿qué se puede esperar de ellos con relación a la investigación, si para vivir necesitan atender un estudio de abogado, un consultorio de médico, una oficina de ingeniero, o tener tres cátedras universitarias o completar sus cátedras universitarias con puestos en la enseñanza secundaria? Por lo que se refiere a la última reforma, ¿cómo podremos creer que contenga la solución de la crisis, si ésta es de orden financiero, si se necesitan fondos, cuya provisión está fuera del alcance de la intervención estudiantil!

El problema universitario argentino queda, pues, en pie, a pesar de la última reforma, que no ha hecho más que introducir un nuevo eslabón en la cadena directiva, — elemento joven impulsivo y, en consecuencia, progresista, — cuyo espíritu de justicia y cuya libertad de opinión frente a los hombres permitirá rectificar muchas injusticias de la menudencia cotidiana de la vida universitaria; que significará una reacción contra el quietismo exagerado de los antiguos consejos directivos, creando tal vez el problema de dar estabilidad a la dirección de la enseñanza; pero que en ningún caso se puede considerar como la solución del problema universitario.

La última reforma no ha resuelto la crisis. Nuestro problema universitario es el de la creación del profesorado profesional, del profesor que pueda vivir de su puesto, de un puesto incompatible con el ejercicio de cualquier otro género de actividad.

Con o sin preparación universitaria anterior; con o sin creación de cursos especializados, y sea cual fuere la organización de los consejos directivos, si se crea el profesorado profesional, dándole la libertad que la investigación científica requiere, organizando la provisión de los puestos de manera que sólo sean profesores los que tengan *ya obra hecha*, y excluyendo a los que no presentan más que esperanzas, el problema universitario argentino habrá quedado resuelto. Las reformas que pudieren hacerse en otro sentido son completamente inútiles.

LEOPOLDO MAUPAS

Buenos Aires, 24 de Noviembre de 1920.

## VERSI

### ORA PERDUTA

Era bella la sera, e calma e dolce  
giva la luna sui ridesti campi;  
l'acqua pareva un fiori che sfogliasse  
petali grevi sullo bianco altare,  
tanto tranquilla ella era e illuminata.  
Nell'aria c'era un mistico fervore  
e nelle vene il sangue illanguidia;  
ogni sospiro, ogni desío ascoso  
nell'ora santa risonava santo.  
Era bella quell'ora e il cor piangeva  
perché essa al nostro amor era perduta.

### LA SIEPE

Era sera; la siepe rifioriva  
quale una sposa all'alitar soave  
del casto amore. E sposa ella pareva,  
tanto era bianca nella dolce sera  
la siepe che cingeva il loco agreste.

RENATA DONGHI

---

## PSICOMETRÍA

---

Las tentativas de Herbart, Weber, Fechner y otros, en el sentido de convertir "en ciencia exacta" el estudio de los estados de conciencia, tienen (en el supuesto de que su valor sea real), aparte de un interés filosófico muy grande, (en cuanto determinan una modificación sustancial en la manera de encarar ciertos problemas) otro, a la vez, de valor lógico: significan, en efecto, la posibilidad de sustituir la simple observación, que conduce nada más que a determinaciones de calidad, por la medida, es decir, por la expresión cuantitativa de aquélla.

Veamos si es posible llegar a establecer las dos definiciones previas a toda medida (\*) y, en consecuencia, si pueden considerarse, lógicamente, los estados de conciencia como mensurables. Nos referimos al caso más sencillo: a la medida de la intensidad de las sensaciones. Lo que se diga a este respecto valdrá con más razón para los estados complejos (cualidad de las sensaciones, percepción, ideación, etc.), ya que éstos, por su naturaleza, son más difíciles de reducir a expresión numérica.

La fórmula de Fechner (\*\*) es una interpretación de la siguiente ley de Weber: dado un excitante, para que sea percibido un cambio en la sensación correlativa, es necesario agregar a aquél una cantidad que guarde con el mismo una relación

---

(\*) Se ha demostrado ya que la condición necesaria y suficiente de toda medida, es la posibilidad de definir:  $a \perp b = c$  y  $a = a'$ , siendo  $a, a', b, c, \dots$  magnitudes de un mismo orden. Exceptúanse, quizás, las que corresponden al concepto mecánico de nivel: temperaturas, diferencia de potencial, etc.

(\*\*) La demostración de la fórmula logarítmica, tal como la concibió Fechner, requiere la aplicación del cálculo infinitesimal (puede verse en FOULCAULT: *La Psychophysique*; en TANNERY: *Science et Philosophie*; en BERGSON: *Les données immédiates de la conscience*; etc.) Para poner en evidencia los postulados que implica, y facilitar los cálculos, seguimos otro método.

constante para cada orden de sensaciones. Es decir, una sensación  $S$  correlativa de un excitante  $E$ , cambiará a condición de que se agregue a  $E$  una cantidad  $\Delta E$  tal, que  $\frac{\Delta E}{E} = C$ , siendo

$C$  una constante determinable por la experiencia, y que cambia para las distintas regiones de la sensibilidad.

La fórmula  $\frac{\Delta E}{E} = C$  (a), resumen de las experiencias

psicofísicas, ha sido sometida a revisión en cuanto a los casos estudiados, a la interpretación de los resultados, a la estructura de la ley misma y a multitud de otras circunstancias; y, así, se ha llegado a ver en ella, no algo exacto y definitivo, como algunas de las leyes físicas, sino, más bien, un resultado o resumen, *grosso modo*, de esas experiencias. Pero este aspecto de la cuestión no interesa aquí, ya que no se refiere a la posibilidad, o no, de una medida referente a los elementos psíquicos, razón por la cual admitiremos la (a) como expresión de la realidad.

De acuerdo, pues, con la fórmula de Weber, la serie de intensidades del excitante, que determinan los sucesivos cambios en la sensación serán, según resulta de un sencillo cálculo aritmético (\*):

$$\begin{array}{ll}
 E & S_1 \\
 E (1 + c) & S_2 \\
 E (1 + c)^2 & S_3 \\
 \cdot & \cdot \\
 \cdot & \cdot \\
 \cdot & \cdot \\
 E (1 + c)^n & S_n + 1
 \end{array} \quad (1)$$

(\*) El primer valor del excitante es  $E$ ; para pasar de  $S_1$  a  $S_2$  habrá que agregar  $\Delta E$  a  $E$ ; luego el segundo valor será  $E + \Delta E$ , pero  $\Delta E = cE$  (porque  $\frac{\Delta E}{E} = c$ ), de donde:  $E + \Delta E = E + cE = E(1 + c)$ . El tercer valor será  $E(1 + c) + E(1 + c) = E(1 + c)^2$ , etc. (Recuérdese el método para calcular el interés compuesto).

Admitido que  $\frac{\Delta'E}{E} = C$ , la exactitud del cuadro (1) es in-

discutible: no se formula en él ninguna hipótesis; los valores de la primera serie se deducen de la fórmula de Weber; y  $S_1, S_2, S_3, \dots, S_{n+1}$  no son hasta aquí *nada más que nombres* con que distinguimos las sucesivas sensaciones.

Pero el cuadro (1) no autoriza a relacionar las dos series entre sí: podemos decir que  $S_1, S_2, S_3, \dots$  *corresponden*, una a una, a los excitantes  $E, E(1+c), \dots$ , etc., pero nada más. Para que esa correspondencia se transforme en igualdad es necesario previamente: 1.º considerar los términos de la segunda serie, no sólo como nombres, sino como cantidades (ya que lo son los de la primera); y, admitido esto, 2.º relacionarlos entre sí cuantitativamente. La introducción de estas dos hipótesis autoriza a modificar el cuadro (1) en la siguiente forma:

$E$	$S_1$	
$E(1+c)$	$f(S_1)$	
$E(1+c)^n$	$f(S_1)$	
.	.	(2)
.	.	
.	.	
$E(1+c)^n$	$f(S_1)$	

es decir, a considerar los  $n$  valores que siguen al primero en la segunda serie, como funciones del mismo ( $S_1$  valor mínimo de la sensación, lo que en lenguaje psicofísico se llama *umbral*).

El valor de la función  $S = f(S_1)$  se determina por medio de la siguiente hipótesis: cada sensación es el resultado de agregar a la anterior un incremento  $\Delta S_1$  constantemente igual a  $S_1$  (umbral).

Entonces el cuadro (2) se transforma en:

E	$S_1 = S_1$
E (1 + c)	$f(S) = 2S_1$
E (1 + c) <sub>2</sub>	$f(S) = 3S_1$
.	.
.	.
.	.
.	.
E (1 + c) <sub>n</sub>	$f(S) = (n + 1)S_1$

Si consideramos ahora E como la unidad de excitante (considerado según un cierto sistema de medidas) y  $S_1$  la unidad de sensación (la elección de unidades es convencional y obedece nada más que a dar una forma más sencilla a la fórmula que resulte), tendremos:

1	1	
(1 + c)	2	
(1 + c) <sub>2</sub>	3	
.	.	(4)
.	.	
.	.	
.	.	
(1 + c) <sub>n</sub>	n + 1	

siendo 1, (1 + c), (1 + c)<sup>2</sup>, ... (1 + c)<sub>n</sub> los números que expresan los valores del excitante en un sistema cuya unidad es E; y 1, 2, 3, ... (n + 1) los números que expresan los valores de la sensación (o mejor de su intensidad), en un sistema cuya unidad es  $S_1$ .

Ahora bien: los logaritmos de los (n + 1) números de la primera columna en un sistema de base (1 + c) serán 0, 1, 2, 3, 4, ... n. Comparando esta serie con la segunda del cuadro (4) se ve que los términos de ésta son iguales a los de aquélla, menos 1. Podrá establecerse, en consecuencia:

$S = \log. (1 + c) E + 1$  (5), es decir, que el número que expresa la sensación de orden n, es igual al logaritmo tomado en el sistema de base (1 + c) del número que expresa el exci-

$$1$$
 tante E, más E. Si llamamos — al número que corresponde a
 
$$q$$
 un logaritmo igual a 1 en el sistema de base  $(1 + c)$  se tendrá:
 
$$S = \log_{(1+c)} \frac{1}{E} + \log_{(1+c)} E$$
 de donde:  $S = \log_{(1+c)} \frac{1}{E} + \log_{(1+c)} E$ . Por último, si pasamos del sistema de base  $(1 + c)$  al decimal, se tendrá:

$$S = K \log_{10} \frac{E}{q} \text{ — siendo K y q dos constantes.}$$

La fórmula (5) es la de Fechner (salvo ligeras diferencias). Expresa la variación de la intensidad de una sensación, en función logarítmica del valor del excitante.

## II

Las dos hipótesis que permitieron formar el cuadro (2) pueden expresarse en esta forma: los diversos cambios de sensación son variaciones cuantitativas de una misma magnitud:  $S_1, S_2, S_3, \dots, S_{n+1}$  son valores sucesivos de una misma magnitud S.

Esta hipótesis quedaría autorizada por la misma definición de cantidad (todo lo que puede aumentar o disminuir) si pudiéramos afirmar que las sensaciones, efectivamente, aumentan o disminuyen. Nuestra manera de referirnos a las sensaciones parecería probarlo. Decimos, en efecto, que una sensación es más o menos intensa que otra, lo cual nos permite disponerlas con respecto a cada clase, en serie; y así, a menos de tener alterada la sensibilidad, si hemos dispuesto las sensaciones en el orden  $S_1, S_2, S_3, \dots, S_{n+1}$ , nos parecerá absurdo disponerlas, por ejemplo, en la forma  $S_5, S_3, S_8, \dots, S_{n+1}$ , u otra cualquiera a no ser  $S_{n+1}, S_n, S_{n-1}, \dots, S_1$ . *El más y el menos*, tienen, pues, en las sensaciones, un verdadero valor psicológico: podrá depender del sujeto, del lugar y momento, o de cualquiera otra

condición de experiencia; pero su sentido no deja de ser menos positivo en lo que respecta a variación cuantitativa, según puede verse reflejado en el lenguaje mismo.

Pero de que usemos las palabras *más* y *menos*, *mayor* y *menor*, etc., al referirnos a nuestros estados de conciencia; y del hecho de que tales palabras tengan un significado real, no se sigue que éste sea el que tienen en Matemáticas. Para justificar la hipótesis a que nos referimos, será necesario probar, pues, que aquellas expresiones tienen un significado matemático. En cambio, si esto no es posible, la hipótesis en cuestión deberá ser desechada.

Pues bien: si en Matemáticas se establece  $A > B$ , esto equivale a suponer  $A$  descomponible en dos sumandos:  $B$  y otro que llamaremos  $C$ ; es decir, que dado  $A > B$ , esta expresión tendrá un sentido si lo tiene  $B + C$ . Que el sentido de la operación de suma sea la condición necesaria y suficiente de  $A > B$ ; o que ésta, además, deba tener un valor en sí misma, la cuestión no tiene aquí importancia por cuanto, según se ha dicho, el más y el menos tienen un verdadero valor psicológico. El hecho es que no se podrá establecer legítimamente, con el carácter y las consecuencias que tiene en Matemáticas, la expresión  $A = B$  si no se ha establecido previamente el sentido de la expresión  $B > C$ . Es decir, que la hipótesis arriba mencionada tendrá valor si lo tiene la que permitió formar el cuadro (3): la suposición de cada intensidad de sensación sea el resultado de agregar a la anterior un cierto incremento:  $\Delta S$ .

Ahora bien: ¿qué sentido tiene la expresión  $S + \Delta S$ , siendo  $S$  y  $\Delta S$  intensidades de sensaciones? En una suma cualquiera los diversos sumandos, aparte sus diferencias cuantitativas, deben tener igual significado. Por ejemplo, en la adición 8 metros + 3 metros, los conjuntos que expresan ambos términos provocan en nosotros sensaciones y percepciones que consideramos cualitativamente iguales. Es lo que expresamos con la palabra *homogeneidad*. ¿Se puede decir lo mismo de la adición  $S + \Delta S$ ? Se tiene un sentido perfectamente claro: es la intensidad de la sensación experimentada en un cierto momen-

to; ¿presenta esta misma cualidad  $\Delta S$ ? No es necesario llevar muy lejos el análisis para ver que no es así:  $\Delta S$  no existe para nuestra conciencia; no es, pues, una sensación; y desde que lo es  $S$ , carecemos de la homogeneidad indispensable para su adición. Cuando, por el aumento de un excitante, pasamos de  $S$  a  $S'$ , conocemos a  $S$  y  $S'$  como sensaciones, pero nada más. Si admitimos como existente  $\Delta S$ , lo será sólo como un término cómodo para explicarnos el paso de  $S$  a  $S'$ ; pero nunca como una sensación, pues que suponer esto equivaldría a admitir una sensación que no se siente, lo que por definición misma es absurdo. Si  $S_1, S_2, S_3, \dots S_{n+1}$ , no son variaciones cuantitativas de intensidad, ¿cómo explicar su diferenciación psicológica y el hecho de que las dispongamos en serie, paralela a la de los excitantes? He aquí un hecho complejo que deriva probablemente de una exigencia mental: se atribuye al efecto (sensación) lo que corresponde, en realidad, a la causa (excitante). Como éste es medible, se extiende a aquélla (por un proceso psicológico hasta cierto punto inconsciente) el concepto de medida, inaplicable, pues supone homogeneidad. (Véase con respecto a este punto H. Bergson: *Les données immédiates de la conscience*).

Esta crítica a la ley de Fechner se extiende evidentemente (por estar basada en un examen de las condiciones generales de la medida) a cualquiera otra tentativa en el sentido de encontrar un equivalente numérico de las sensaciones; y con razón aun a aquellas que se refieren a los procesos superiores, ya que no son éstos una simple suma de elementos, sino una verdadera armonización a la que es inaplicable cualquiera tentativa de medida. La Psicofísica, pues, concebida por Fechner y su escuela como una "ciencia exacta del cuerpo y del alma" no parece serlo así, si se interpreta como la aplicabilidad y después la substitución del número a los estados de conciencia.

ALFREDO FRANCESCHI.

## EL DESIERTO

(De *La Cautiva*).

Era la tarde, y la hora  
En que el sol la cresta dora  
De los Andes. — El Desierto  
Inconmensurable, abierto  
Y misterioso, a sus pies  
Se extiende; triste el semblante,  
Solitario y taciturno  
Como el mar, cuando un instante  
Al crepúsculo nocturno,  
Pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra  
Su inmensidad y no encuentra  
La vista, en su vivo anhelo,  
Do fijar su fugaz vuelo,  
Como el pájaro en el mar.  
Doquier campos y heredades  
Del ave y bruto guaridas,  
Doquier cielo y soledades  
De Dios sólo conocidas,  
Que Él sólo puede sondar.

Ya el sol su nítida frente  
Declinaba en occidente,  
Derramando por la esfera  
De su rubia cabellera  
El desmayado fulgor.  
Serenos y diáfano el cielo,  
Sobre la gala verdosa  
De la llanura, azul velo  
Esparcía misteriosa  
Sombra dando a su color.

## DIE WILDNIS

Es war am Abend, um die Stunde  
 Wo golden glüht die weite Runde  
 Der Anden. Ode stiert die Wildnis,  
 Der Wüste unermesslich Bildnis,  
 Geheimnisvoll an Bergesfuss  
 Lang hingestreckt; den Blick in Trauer,  
 Einsam, verhüllt in tiefem Schweigen,  
 Dem Meere gleichend wenn ein Schauer  
 Der ersten Nacht, im Dämmerreigen,  
 Zügelt der stolzen Wogen Fluss.

Das Auge zwingt in seinen Spiegel  
 Die Landschaft — endlos, ohne Hügel —,  
 Doch hoffnungslos, in irrem Hasten,  
 Sucht es nach einem Punkt zum Rasten  
 Der Möve gleich auf hohem Meer:  
 Allüberall nur flache Weiten,  
 Für Wild und Raubzeug ein Verstecke;  
 Allüberall nur Einsamkeiten,  
 Des Himmels blaue Riesendecke...  
 Ermessen mag sie Gott der Herr!

Schon senkt im Westen tief hernieder  
 Die Sonne ihre müden Lider  
 Und aus der blonden Strähnen Krauze,  
 Hinstrahlend weit in fallhlem Glanze,  
 Erlischt bereits der Hitze Wut.  
 Durchsichtig glasig klärt der Himmel,  
 Die Eb'ne gleisst gleich grünlich Feuer,  
 Und drüber hin ein blau Gewimmel  
 Von Farben luftig wie ein Schleier,  
 Gedämpft durch Schwarz in ihrer Glut.

El aura moviendo apenas  
Sus olas de aroma llenas,  
Entre la hierba bullía  
Del campo que parecía  
Como un piélago ondear.  
Y la tierra contemplando  
Del astro-rey la partida  
Callaba, manifestando,  
Como en una despedida,  
En su semblante posar.

Se puso el sol; parecía  
Que el vasto horizonte ardía;  
La silenciosa llanura  
Fué quedando más obscura,  
Más pardo el cielo, y en él,  
Con luz trémula brillaba  
Una que otra estrella, y luego  
A los ojos se ocultaba,  
Como vacilante fuego  
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,  
Con su claroscuro manto,  
Veló la tierra; una faja  
Negra como una mortaja,  
El occidente cubrió:  
Mientras la noche bajando  
Lenta venía, la calma  
Que contempla suspirando,  
Inquieta a veces el alma,  
Con el silencio reinó.

ESTEBAN ECHEVERRÍA (1835).

Kaum regen heimlich sich die Lüfte,  
 Die flüch'gen Träger zarter Düfte,  
 Und über Gras und grüne Reiser  
 Geht hin ein Zittern leis und leiser  
 Wie Wellenkräuseln auf der See.  
 In dumpfer Ruhe schaut die Erde  
 Den Sonnenkönig abwärts steigen;  
 Nicht zuckt im Antlitz Schmerzgebärde:  
 Die Züge starren düst'res Schweigen,  
 Mit Leid gemischt und Abschiedsweh!

Längst ist die Sonne nun versunken,  
 Am Horizonte flammen Funken;  
 Die weite Eb'ne, tief in Schweigen,  
 Verdüstert mehr und mehr sich; neigen  
 Ins Braune fängt der Himmel an.  
 Schon flimmert auf in schüchterm Lichte  
 Ein, Sternlein, und nach kurzem Funkeln  
 Entschwindet's wieder dem Gesichte,  
 Doch wie ein Feuerschein im Dunkeln  
 Blinkt bald es hoch vom Himmelsplan.

Der Dämm' rung Zwielight, vorgedrungen,  
 Hält nun die Erde fest umschlungen  
 Mit seinem Mantel. Und ein Schleier,  
 Schwarz wie für eine Totenfeier,  
 Deckt nach und nach den Westen zu,  
 Nacht steigt aus dumpfen Tiefen, trauernd,  
 Heran mit langsam plumper Schwere,  
 Und vor sich sieht die Erde schauernd  
 Erstarrt in grausend öder Leere,  
 Nur Schweigen rings und Grabesruh'.

ROBERT LEHMANN—NITSCHKE (1917).

## EL DESIERTO

DE ESTEBAN ECHEVERRÍA

(Versión libre. al alemán, de seis estrofas)

*Esteban Echeverría ha de ser el primero que supo dar forma poética a la belleza dominadora del gran desierto pampeano. Su poema La Cautiva es y será siempre una de las perlas de la literatura nacional. Pero sucede que, como consecuencia de la época, sus bellas estrofas están interrumpidas por dos figuras artificiales que mezclan el conjunto real, verdadero y tan bien observado de la naturaleza argentina, con elementos heterogéneos. Algo de esto habrá sentido el mismo poeta, cuando escribía: "El primer designio al escribir La Cautiva fué pintar algunos rasgos de la fisonomía del desierto" (Obras V, p. XX); y sigue confesando que en la subconciencia estaba bajo la influencia de las tendencias estéticas de su época: "Para no reducir la obra a una mera descripción, dice, coloco en las vastas soledades de la Pampa dos seres ideales o dos almas unidas por el doble vínculo del amor y del infortunio".*

*Hoy en día nuestras ideas han cambiado. ¿Qué otra es la emoción sentida al leer las seis estrofas escogidas del "Desierto"! La versión libre al idioma alemán que ofrecemos para muchos no será más que una mera curiosidad literaria; que lo sea. Un poeta de la importancia de Echeverría merece que su bibliografía sea completada con toda clase de críticas, y también con documentos (como la versión que publicamos) que demuestren la reacción de su obra en la mente de personas oriundas de un pueblo psicológicamente muy distinto del pueblo argentino.*

R. L-N.

# GUIA PARA EL ESTUDIO DE LA FILOSOFIA

( *Conclusión* ) <sup>(1)</sup>

## V

### NOTICIAS BIBLIOGRAFICAS

#### 1. — ADVERTENCIA

La mejor bibliografía es la que el estudioso se hace de por sí, alineando en un pequeño estante los libros que representan la vida de su pensamiento; no los libros que, leídos, no desea ya releer, sino aquellos hacia los cuales siente siempre el deseo de volver. De otros podrá poseer una biblioteca nutrida, que le será útil cuando quiera informarse de lo que hace, dice y escribe la gente; pero jamás amará a esa biblioteca como a su pequeño estante. Aquélla puede servir para todos; si no para otra cosa, de pasatiempo; éste vale sólo para él; y también para los demás, si los demás viven su vida.

Entre los libros preferidos cada uno tendrá los de su cultura especial: literaria, científica, jurídica, histórica. Pero aconsejamos al estudioso los tenga hasta materialmente distintos de los puramente filosóficos, para expresar así que si de todo lo restante también vivimos, porque la vida del espíritu es necesariamente una cierta y determinada vida, sin embargo la razón de nuestro vivir supera en mucho a esa determinación.

Limitándonos a los libros de filosofía, no entendemos dar un índice bibliográfico, sino únicamente sugerir algunas obras que pueden servir para ilustrar los conceptos expuestos en este libro, para una clara comprensión del idealismo moderno y para

---

(1) Véase número 55 de VERBUM, p. 335 y siguientes.

un estudio sistemático de la historia de la filosofía. Y como no hemos separado los dos aspectos, porque hemos identificado la filosofía con su historia, citamos solamente los libros recientes que en mayor grado que otros sirven para conducir al estudio de los clásicos. Con esto no se quiere decir que muchos otros libros no puedan servir, aun siendo de otros escritores contemporáneos, y que no tengan también ellos su valor. Entendemos, simplemente, que se adaptan menos al fin propuesto, y que deben ser leídos, si se quiere, más allá, cuando el joven se ha formado un criterio de juicio seguro. No aconsejaríamos nunca, verbigracia, comenzar por las obras de Spencer o de Ardigó. Y en cuanto a los libros del mismo Croce, de Gentile y de algunos otros, recomendamos al estudioso que, cuando los haya entendido, se sirva únicamente de ellos para pasar al estudio de los clásicos en los cuales se formará una sólida conciencia filosófica.

Además, reconociendo que el estudioso, para apreciar mejor la vía que sigue, necesita también conocer el camino que siguen los demás, le aconsejamos se informe en las revistas que mejor lo reflejan o en los libros que en ellas o en otro lugar se indican, y que él mismo encontrará oportuno leer para aclarar las propias ideas. Hemos indicado, por tanto, las revistas italianas de filosofía y algunos artículos que puedan servir mejor al estudioso.

Hemos limitado nuestras indicaciones a las revistas italianas y a los libros escritos en italiano o en francés, porque son más fáciles de encontrar y resultan también de más fácil lectura para la generalidad de los lectores. Todos saben que el conocimiento de las lenguas extranjeras es indispensable para quien se dedica a estos estudios; pero hoy es casi imposible, con lo poco que poseemos en Italia, desbistar la propia cultura filosófica.

## 2. — LIBROS DE ORIENTACIÓN

B. CROCE, *Filosofía dello spirito* (en tres vol. Laterza, Bari).  
(Es el único, entre nuestros escritores, que ha desarrollado un completo sistema idealista, aportando, con su maravillosa

claridad y también con su valor literario, una originalidad muy grande en los problemas de la filosofía moderna.)

G. GENTILE, *Sommario di pedagogia* (Laterza, Bari).

G. GENTILE, *La riforma della dialettica hegeliana* (Principato, Messina).

G. GENTILE, *Teoria generale dello spirito come atto puro* (Mariotti, Pisa).

(Pensador íntimamente compenetrado del problema central de la filosofía, presenta, a primera vista, alguna dificultad por su estilo riguroso y por su dialéctica siempre inquieta; pero, adentrando en su pensamiento, se obtienen inestimables ventajas para la formación de una severa mentalidad filosófica.)

B. SPAVENTA, *Esperienza e metafisica* (Lapi, Città de Castella).

B. SPAVENTA, *Introduzione alla critica della psicologia empirica* (Laterza, Bari).

B. SPAVENTA, *Principii di etica* (con pref. de G. Gentile; Piero, Napoli).

(En los primeros, una crítica profunda del empirismo; en el último, una nítida exposición del concepto hegeliano del espíritu, pero tal como lo sentía Spaventa. Dió del hegelismo una interpretación viva y original, que, por ciertos aspectos, puede considerarse en Italia como el precedente y el origen del idealismo absoluto.)

E. BOUTROUX, *De la contingence des lois de la nature* (6ª ed. Alcan, París).

E. BOUTROUX, *De l'idée de loi naturelle dans la science et la philosophie* (2ª ed. Alcan, París).

E. BOUTROUX, *La Natura e lo spirito e altri saggi* (Carabba, Lanciano).

H. BERGSON, *Matière et Mémoire* (6ª ed. Alcan, París).

H. BERGSON, *Essai sur les données immédiates de la conscience* (8ª ed. Alcan, París).

H. BERGSON, *La filosofia dell'intuizione* (Carabba, Lanciano).

(Son los dos filósofos más celebrados de la Francia contemporánea, en torno a los cuales se reaviva un gran movi-

miento de ideas, especialmente en los problemas científicos y religiosos, y también en los sociales. Aunque no son sistemáticos, existe en ellos, sin embargo, un sentido filosófico tan fino, que aconsejamos su lectura inmediata, a fin de despojarse de los esquematismos que a menudo estrechan la mente de los principiantes.)

J. ROYCE, *Lo spirito della filosofia moderna* (dos vol. Laterza, Bari).

J. ROYCE, *Il mondo e l'individuo* (dos partes en cuatro vol. Laterza, Bari).

(Conferencias en forma llana y sugestiva. La segunda obra es más importante, desde el punto de vista especulativo, y revela un vigoroso pensamiento. La primera, que es una exposición histórica, es más fácil.)

S. MATURI, *Introduzione alla filosofia* (Laterza, Bari).

("Librito precioso que los jóvenes deberían estudiar con gusto... Y podrán recibir de la lectura del mismo una de esas sacudidas saludables que experimenta el que quiere orientarse en la filosofía moderna" (del prefacio de G. Gentile). Cuán distinto, pues, del manual de E. MORSELLI, *Introduzione alla filosofia moderna* (Giusti, Livorno), donde las sacudidas son evitadas, porque, al dar una idea del movimiento del pensamiento en los tiempos modernos, cuida de tenerse y tener al lector fuera de aquél, lo que desorienta y desanima al principiante. Sin embargo, en su género, está bien hecho y es útil por las noticias recogidas. Un libro en verdad magnífico por la amplitud de información y por el vigor crítico, es el de G. DE RUGGIERO, *La filosofia contemporanea* (Laterza, Bari), y en el que se encuentran las grandes líneas de la especulación en Alemania, Francia, Inglaterra, América, Italia. Con notas bibliográficas. Puede decirse que es una exposición de la filosofía contemporánea, también el grueso volumen de A. ALIOTTA, *La reazione idealistica contro la scienza* (ed. "Optima", Palermo), pero con intención más científica que filosófica.)

## 3.—REVISTAS

*La Critica* (Laterza, Bari).

(Dirigida por B. Croce, sus volúmenes señalarán para el historiador uno de los mayores monumentos de la renovada cultura de las mentes italianas. El estudioso no puede ignorarlos. Además de la serie de artículos críticos, en los cuales Gentile examina las escuelas y filósofos más notables de la Italia contemporánea, desde 1850, señalamos, entre las muchas reseñas que son modelo en el género, las siguientes, que para el principiante pueden resultar interesantes:

1903.—En la pág. 32, a propósito del vol. *Scienza e opinioni* de B. VARISCO, un complejo estudio de Gentile sobre la primera posición con la cual se anunció la filosofía de Varisco. Llegaba éste a la filosofía con una cultura científica, y se empeñaba, naturalmente, en la investigación de las relaciones entre lo *sobrenatural* y el mundo de la naturaleza. El esfuerzo de V. para orientarse en el mundo filosófico es altamente instructivo y muy digno de tenerse en cuenta.—En las págs. 57 y 291 Croce analiza dos libros de WUNDT, que no pertenece por cierto al grupo de aquellos positivistas que no advierten ni siquiera la existencia del problema metafísico.—En la pág. 68, a propósito de una obra de MASCI (*Filosofia, scienza, storia della filosofia*), Croce pone de relieve algunas contradicciones, muy frecuentes, por otra parte, sobre el valor de la filosofía en sus relaciones con las ciencias naturales, con la religión y con la historia de la filosofía.—En la pág. 206 Gentile, hablando de un libro de SEMERIA, discute con gran claridad, si, partiendo de presupuestos dogmáticos, se puede tratar la historia con criterio científico.

1904.—La psicología, tal como comúnmente se la entiende y trata, es una ciencia empírica. Su método, al versar sobre los hechos espirituales, es radicalmente distinto del método filosófico. Está con las otras ciencias empíricas, no es ciencia filosófica. Esto lo demuestra Croce en las págs. 140 y 191, en las que habla de la *Psicologia* de MASCI y de *I dati dell'esperienza*

*psichica* de F. DE SARLO. La argumentación, aún hoy, no es igualmente clara para todos.—Sobre los conceptos de moralidad y de ciencia, ver pág. 213, donde Gentile da cuenta de la aparición de una obra de VIDARI (*Le concezioni moderne della vita e il compito della filosofia morale*). En la pág. 261 hay un vivaz artículo de CROCE: *¿Somos nosotros hegelianos?* Sin embargo, muchos siguen identificando el idealismo con el hegelismo.—El problema de la clasificación de las ciencias ha sido abordado frecuentemente por los hombres de ciencia, pero sin resultado, porque es un problema que, superando el recinto de las ciencias particulares, corresponde a la filosofía. Cfr. en pág. 309, una reseña de Croce acerca de un escrito de RAVA.

1905.—Un magistral artículo de Gentile sobre MARTINETTI (pág. 20). Es interesante el encuentro de dos metafísicos, que llegan a conclusiones muy semejantes, por procedimientos muy distintos. Para quien debe utilizar la obra de DE WULF en trabajos de filosofía escolástica, es indispensable tener presente la reseña de Gentile (pág. 203), para suplir la falta de profundidad especulativa que se lamenta en las obras, doctísimas, sin embargo, de De Wulf. Siguió una polémica (págs. 213 y 306 del año 1911).—En la pág. 409 Gentile se ocupa sobre *L'originalità di Kant*, ORESTANO. Entender la originalidad de Kant es entender el principio del idealismo moderno. La dificultad para entenderla radica en el hecho de que la nueva concepción de la *síntesis a priori* no fué considerada por su autor muy distinta de la concepción precedente, a la cual, sin embargo, pretendía substituir.

1906.—En la pág. 431 hay un artículo fundamental para quien desee formarse una idea clara del movimiento filosófico-religioso desarrollado recientemente, sobre todo en Francia, bajo el nombre de *modernismo*. Se discute también un libro de LABERTHONNIERE (trad. de Sandron, Palermo). Cfr. sobre el mismo argumento, las págs. 208 y sigtes., año 1918, y, también en éste, la reseña de un vol. de MURRI, pág. 385, y una publicación de PREZZOLINI, pág. 300. Gentile reunió, después, estos y otros escritos suyos en un volumen: *Il Modernismo* (Laterza, Bari). El estudioso podrá consultar, con mucha utilidad, los

números de *Rinnovamento*, revista publicada en Milán (1907-1909) y que ya no aparece.

1907.—*La raison et le rationalisme de* OLLÉ LAPRUNE: reseña de Gentile, pág. 459. Ollé Laprunne era un escritor elegante y de buen gusto. Católico. Su filosofía se desarrollaba en una esfera muy común, donde viven aún dificultades que parecen graves, pero sobrepasadas ya por el pensamiento moderno, que se ocupa en torno a problemas mucho más arduos. Para quien comienza, pues, esta discusión es indispensable. Tener en cuenta, en la pág. 495, el vigoroso artículo de Croce sobre *Il sofisma della filosofia empirica*.

1908.—Gentile (pág. 278) confuta el espiritualismo dualista, que con ropaje científico oculta una posición del problema en términos empíricos. A propósito de un libro de ética, de DE SARLO y DE CALO. Lo mismo acerca de un vol. de ENRIQUES (pág. 430). Enriques es un caso típico de la desorientación general en que caen los hombres de ciencia, cuando se ponen a filosofar con su mentalidad particular.

1909.—El escrito de Gentile (pág. 143) sobre *Il circolo della filosofia e della storia della filosofia*, tiene mucha importancia por la comprensión de ese carácter histórico que es común al idealismo de Croce y de Gentile (hay, sin embargo, entre ellos diferencias: para G., la filosofía es desarrollo del pensamiento en su actualidad, y, por tanto, la historia que no sea acto de pensamiento es abstracta; para C. la filosofía es desarrollo del espíritu, que es unidad-diferencia de pensamiento y voluntad, y, por ende, la filosofía coincide con toda la historia del espíritu en las distintas formas de sus manifestaciones: estéticas, lógicas, económicas, morales).

1910.—Nótese el segundo artículo de Gentile sobre VARISCO (*I massimi problemi*), pág. 222. El camino recorrido por V. después de su primera afirmación suscita una admiración profunda, pero nos deja perplejos sobre el progreso efectivo alcanzado. Hemos dicho que a la filosofía se llega tanto desde una cultura científica, como desde una que no lo sea. Pero no se entienda con ello que de las ciencias, por ejemplo, se pase a la filosofía, siguiendo por el mismo camino. En una pala-

bra: la relación entre el punto de vista filosófico y el de las ciencias físicas y matemáticas debe establecerse con criterio filosófico, no con criterio científico; en el acto mismo en que se filosofa y no como un resultado al cual nos proponemos llegar.—En la pág. 382 CROCE analiza ampliamente *Los juicios de valor*. El concepto de valor es de actualidad en la filosofía contemporánea. Croce expone nítidamente los distintos significados legítimos que hacen del concepto de la actividad del espíritu el primero de todos.

1912.—No menor importancia tienen los escritos *El concepto del devenir* (pág. 294) y *Notas de crítica hegeliana* (página 370), donde Croce da, por decirlo así, las llaves de su pensamiento en muchos de los puntos que lo separan de Hegel y de otros hegelianos. En la pág. 381 hay una buena nota de FAZIO-ALLMAYER sobre las relaciones sistemáticas entre la filosofía y las ciencias. Del mismo en el año siguiente.

1913 (pág. 321), una nota especialmente útil para los cultores de las matemáticas, que desean ver la historia de éstas en relación con la historia de la filosofía.—En el tercer número CROCE hace un esbozo de la historia de la *Historiografía*, desde el período grecorromano hasta los tiempos modernos. El argumento interesa por igual a filósofos e historiadores, pues enseña a qué conduce la identidad de historia y de filosofía, tal como C. lo entiende. La filosofía de C. vive también cuando trata algunos problemas no mencionados en este texto, por ser extraños al fin propuesto. Por ejemplo, a los cultores de las ciencias jurídicas se les puede recomendar las notas de págs. 151, de 1903, p. 322, de 1906, y págs. 173 y 224, de 1907. A los filósofos que tienen gusto literario y a los escritores que se ocupan de arte y quieren hacerse un gusto filosófico, deben interesar los abundantes escritos de Croce diseminados en toda la revista. Además de *Notas sobre la literatura italiana en la segunda mitad del siglo XIX*, trata muchísimas cuestiones de estética. Digna de mención es la tesis sobre el carácter lírico del arte, publicada en la pág. 321 y sptes. de 1908. En el mismo año, pá-

gina 161, C. hace algunas perspicaces reflexiones sobre el actual despertar filosófico en Italia.

Con los números correspondientes al VIII año de la revista, se ha iniciado la segunda serie de *Crítica*. Mantiene la misma orientación pero con mayor variedad de cultura histórica.

*Rivista di Filosofia*. — (Formigini, Génove).

(Continuación de la *Rivista filosofica*, fundada por C. Cantoni, y de la *Rivista di filosofia e scienze affini*, de G. Marchesini, órgano de la "Società filosofica italiana". Comenzó a publicarse en 1909. Privada de unidad de orientación, no puede servir, por esta causa, a quien desea unificar sus opiniones o afirmarse en su información. Pero, como se ha dicho, es útil conocer el movimiento general de las ideas, y en esta revista colaboran escritores conocidos en Italia, aunque de tendencias muy diversas (Ardigó y Billia, Chiapelli y Varisco, Faggi y D'Ercole, etc.). La mayor parte de ellos se inclinan al positivismo. Señalaremos los artículos de *Varisco*: 1909, número 5, pág. 69; 1910, pág. 366, del número III (*Cogniciones y convenciones*: "la teoría del conocimiento hace posible una cognición distinta de la científica, libre de todo elemento convencional, alrededor de las relaciones entre el sujeto y la realidad, y, por tanto, también en torno de la realidad"); pág. 506 del vol. IV (*Realidad y cognición*. Nótese las dificultades a las cuales conduce la falta del concepto dinámico de lo absoluto); pág. 558 del vol. V; 1911, pág. 161, vol. II; pág. 367, vol. III; 1913, págs. 1, 145, 351 de los vols. I, IV, etc. Téngase en cuenta el escrito de F. ENRIQUES, *La Metafísica de Hegel considerada desde un punto de vista científico*, 1910, pág. 56, I. (¡*La Metafísica considerada desde un punto de vista científico!* Conviene leerlo para tener una prueba de lo que se dijo más arriba). El estudioso debe librarse en seguida de los prejuicios logísticos o lógicos simplemente, que son primordiales en la concepción, por nosotros criticada, de la actividad del pensamiento como un pasar de los conceptos a los juicios de éstos a los silogismos, etc. Es la vieja lógica discursiva, abstracta, formalista, reducida sin dificultad a tipo matemático. Véase el artículo de CORRADINO NINFO, *Lógica y matemática*, 1911, pág. 49, vol. I (la lógica formalista, dice

Russel, como la matemática pura, es una ciencia en la cual "no se sabe nunca de lo que se habla, ni si aquello de que se habla es verdadero"). En aquel año se celebró en Bolonia el *Congreso internacional de filosofía*, y en el vol. II se encuentran algunas de las relaciones presentadas. Léase la del pragmatista SCHILLER, *El error*, que es de una amenidad digna de ser saboreada. De BILLIA hay, aquí y allá, buenos artículos; por ejemplo, en 1911, pág. 428, vol. III, *Por el yo de Descartes y de todos*, en el cual aborda en forma original un profundo problema).

*La Cultura Filosófica* (Firenze).

(La dirige De Sarlo. Inició sus publicaciones en 1907. Se proponía tratar de las relaciones entre la ciencia y la filosofía, con objeto de mostrar el contenido filosófico de cada ciencia, y en qué medida cada una de las ciencias puede prestar su concurso a la filosofía, para una concepción total de la realidad. No quiere que se confunda a la filosofía con las otras ciencias, sin que por ello las considere divididas. También nosotros hemos dicho que, sin dividir el filósofo del hombre de ciencia, ni aun así la filosofía se confunde con las ciencias empíricas. En cambio aquí se intenta salir del positivismo, pero sin caer en el idealismo, no por el prejuicio, muy difundido todavía, de que este último sea un retorno a la metafísica abstracta. Contra el positivismo se hace valer, además, la validez de la experiencia espiritual más allá de la experiencia física. También acerca de esta tentativa hablamos ya en el texto. El hecho de haberse formado un programa de batalla dá a esta revista un interés mayor. No faltan estudios notables, por su agudeza analítica y por su esmerada exposición, que, si bien concluyen a veces con lo presupuesto, sin embargo hacen sentir la necesidad de una solución superior a los términos expuestos por los escritores. Señalaremos, en este sentido, los numerosos artículos de ALLIOTTA, de DE SARLO, de CALÓ. No se olviden los amables escritos de BONATELLI (a. I, vols. 7, 8 y 11; a. II, vols. 3, 8 y 9; a. III, vols. 1, 2, 4, etc.), al cual está dedicado el número 2 del a. IV. Colaboran muchos otros filósofos de distinta orientación y algunos lo hacen también en la revista precedente).

*Revista de filosofía neoscolástica* (Librería Editora florentina).

Inició las publicaciones en 1909. La dirige A. Gemelli, un sacerdote versado en ciencias naturales, y que busca la conciliación de la vieja escolástica con la ciencia moderna. Dirige un movimiento de ideas irradiadas de la Sociedad filosófica de Lovaina. Abunda el material bibliográfico.)

*Annuario della Biblioteca Filosofica di Palermo* (Reber, Palermo, y Laterza, Bari).

(Dirigida por G. Gentile. El primer volumen apareció en 1912. Es una publicación periódica, en la que predomina la orientación de G., del cual conviene leer la memoria con la cual comienza el vol. 1.º: *El acto de pensar como acto puro*; en el vol. 2.º, *Idealismo y misticismo*. En su conjunto el *Annuario* pretende ser un laboratorio de ideas, donde a la novedad de la especulación se una el rigor de la exposición. Quienes desean dedicarse a la filosofía no deben desdeñar esta colección. Hay estudios notables de FAZIO-ALLMAYER, LOMBARDO-RADICE, GUIDO DE RUGGIERO, B. CROCE, M. PUGLISI, F. ORESTANO, ADOLFO OMODEO, MARIO STERZI, G. MAGGIORE, y de muchos otros).

*Logos*, revista internacional de filosofía, dirigida por B. Varisco y A. Bonucci (Bartelli e Verando, Perugia). Desde 1915 órgano de la Bibl. fil. de Palermo.

#### 4. — MANUALES Y ENSAYOS DE HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

F. UEBERWEG, *Grundriss der Geschichte der Philosophie* (corregida por M. Heinze, y recientemente por Köhler, en cuatro vols., 10ª ed., Berlín).

W. WINDELBAND, *Storia della filosofia*, en dos vols., Sandron, Palermo).

(Ueberweg contiene, como se sabe, el mayor repertorio de noticias bibliográficas y la exposición mas completa y ordenada del material filosófico. Pero Windelband es más manuable; tiene buena y suficiente bibliografía, y es la única historia conducida con un criterio sistemático, expuesto en la introducción.

Por ahora es la mejor guía para ver la conexión de los sistemas, en un cuadro de conjunto).

E. ZELLER, *Dhie Philosophie der Griechen* (cinco vols., Leipzig). Los tres primeros volúmenes se han traducido al francés y fueron editados por Hachette, París).

DE WULF, *Storia della filosofia medioevale* (Librería Editrice Fiorentina).

H. HOFFDING, *Storia della filosofia moderna* (Bocca, Torino). De H. se ha traducido también el *Compendio* de la obra citada.

(Mejor, por la comprensión filosófica, es Zeller, y muy superior a GOMPERZ, *Les penseurs de la Grèce* (Alcan, París), el cual, sin embargo, es de agradable lectura. Tal es también R. EUCKEN, *La visione della vita nei grandi pensatori* (Bocca, Torino). En suma: a estos y a otros semejantes fáltales la conciencia del problema filosófico en su desarrollo; exteriorizan la filosofía en las manifestaciones históricas, empíricas o en sus expresiones materiales o verbales, pero no la restituyen al movimiento ideal del sistema puro. No quiere esto decir que sean inútiles y sin valor; literariamente, se entiende, porque hay aquí y allá, difundida, por necesidad, la sospecha de un valor más profundo, en las ideas de que tratan).

V. BROCHARD, *Études de philosophie ancienne et de philosophie moderne* (Alcan, París).

E. BOUTROUX, *Études d'histoire de la philosophie* (Alcan, París).

B. SPAVENTA, *Saggi di critica filosofica, etc.* (Chio, Napoli).

B. SPAVENTA, *Scritti filosofici* (Morano, Napoli).

B. SPAVENTA, *Da Socrate ad Hegel* (Laterza, Bari).

G. GENTILE, *I problemi della scolastica e il pensiero italiano* (Laterza, Bari).

-G. GENTILE, *Storia della filosofia italiana* (actualmente en prensa; se han publicado cinco números).

(Son todos óptimos libros, entre otros que no lo son menos y que aquí no se mencionan por razones de límite. Pueden ellos ayudar y dar ejemplo de la forma en que deben tratarse ciertos

puntos de la historia de la filosofía, ya en general, ya con especial referencia a los filósofos italianos).

### 5. — LOS FILÓSOFOS CENTRALES

#### PLATÓN (447-347).

(Ninguna lectura es más digna de ser recomendada a quien inicia los estudios de filosofía con alguna profundidad. Es una obligación para con el padre del idealismo. Acercuémonos a él con alma pura, dejando de lado toda presunción; escuchémosle sin interrumpirlo, bebiendo sus palabras lentamente, cuando nuestro espíritu esté sereno, solo, sin cuidado alguno. Léasele en la traducción de ACRÍ, que hizo de Platón la propia alma, por lo menos en gran parte. También BONGHI se recomienda a veces, especialmente en los diálogos. FERRARI y últimamente FRACCAROLI han hecho también ellos buenas traducciones, en lo que respecta a la filología).

#### ARISTÓTELES (384-322).

(De A. hay la ed. Didot (París), en la cual el latín ayuda a la comprensión del griego, bastante simple y escueto. De A. no es posible una lectura como la de Platón. Es menester estudiarlo lentamente, meditándolo. La obra más importante es la *Metafísica* (Bonghi tradujo sus libros; hay una traducción infiel del libro primero por VAILATI en la biblioteca *Cultura dell'Animo*). SAINT-HILAIRE ha traducido todas las obras de A., pero para un estudio exacto su trabajo no sirve gran cosa. En la colección *Testi di filosofia per uso dei licei* (Laterza, Bari), hay tres volúmenes aristotélicos (*De Anima, Il principio logico, l'Etica Nicomachea*) que pueden servir a cualquier estudioso. Para la valuación del sistema es bueno el trabajo de ROSMINI, *Aristotele esposto ed esaminato*. Una vista de conjunto se encuentra en SIEBECKS *Aristotele* (Sandron, Palermo). En este y en los otros libros citados pueden recogerse suficientes noticias bibliográficas).

DESCARTES (1596-1650), HOBBS (1588-1679), SPINOZA (1632-1677), LOCKE (1632-1704), MALEBRANCHE (1638-1715),

LEIBNITZ (1646-1716), BERKELEY (1685-1753), HUME (1711-1775).

(La Edad Media absorbió y elaboró el pensamiento griego, y transformó lentamente el problema del nuevo concepto de la espiritualidad. Nadie puede dudar de la grandeza de Agustín, de Tomás, de Duns Scoto y de tantos otros. Mas para el fin que nos proponemos no lo aconsejamos al estudioso que desee aclarar los puntos fundamentales del problema filosófico. Acerca de los filósofos prekantianos, no hay necesidad de gastar palabras en recomendarlos: son generalmente interesantes,—lo cual depende, en parte, de la belleza literaria de sus escritos y de la simplicidad con que presentan los problemas. ¡Pero que esa simplicidad no engañe! Ya tienen conciencia ellos mismos de la gravedad de las cuestiones, aunque no lo parezca, porque se ingenian en exponerlas con voluntaria ingenuidad; después de la crítica kantiana, esas cuestiones han adquirido un aspecto indudablemente más profundo, revelando y poniendo al desnudo todas las lagunas y contradicciones sobre las cuales cartesianos, lockianos, etc., habían pasado sin sospecharlas. Sin embargo, hay que partir de los prekantianos para apreciar a Kant. Y de Descartes especialmente, que produjo tanta elaboración de ideas. No todos, sin embargo, tienen el mismo vuelo. Spinoza, Leibnitz, Hume, son muy superiores, habiendo tocado en sus especulaciones algunos puntos tan altos, que a ellos volvió el pensamiento aun después de la crítica kantiana. Sus principales obras se encuentran en italiano en la colección *Classici della filosofia moderna* (Laterza, Bari). De Locke hay una buena traducción francesa (Coste, corregida por Thurot, París, 1840). Para otras obras y otros autores no mencionados, como BACON, véanse los catálogos de Alcan, de Delagrave, etc., donde también se encuentran monografías y exposiciones, que, por lo menos, sirven para extraer una bibliografía más minuciosa que la proporcionada por los manuales de historia de la filosofía).

KANT (1724-1804), FICHTE (1762-1814), SCHELLING (1775-1854), HEGEL (1770-1831), HERBART (1776-1841), SCHOEPHNER (1788-1860).

(Para las obras, v. *Classici* de Laterza. Agréguese: *Prolegomeni ad ogni metafisica*, trad. de Martinetti (Bocca, Torino), o la de Oberdorfer (en *Cultura dell'Anima*); *Metafisica dei costumi* (Librería Editrice Romana, o si no, en "*Biblioteca di fil. e pedag.*", dirigida por Villa y Vidari; Mattei Speroni, Pavia; ahí también *Fondamenti della metafisica del diritto*, *Il mondo come volontà e come rappresentazione*, ha sido traducido también por N. Palanga y prolongado por Varisco (Bertelli e Verando, Perugia). A S. se le lee mucho, en razón de que es un literato con ideas filosóficas; pero el estudioso no lo separa del movimiento metafísico al cual pertenece. Sobre Kant existe una monografía de PAULSEN (Sandron, Palermo) y la obra de CANTONI, en tres vols. (el primero reimpresso por Bocca); ambos más bien mediocres en la parte filosófica. Mejores son los *Studi kantiani* de Tocco (Sandron, Palermo). Véase el pequeño volumen de DE RUGGIERO en *Testi di filosofia per uso dei licei*, que puede servir de suficiente introducción a la *Crítica de la razón pura*. Sobre Hegel hay el *Saggio* de CROCE (Laterza, Bari), que es una reconstrucción crítica del sistema. La crítica es, al contrario, escasa en la exposición HIBBEN (*La logica di Hegel*; Bocca, Torino). No se olvide que en filosofía la exposición sin crítica es casi un resumen sin inteligencia. Bueno es CAIRD, *Hegel* (Sandron, Palermo). Acerca de la necesidad, antes o después, de un estudio de Kant, diligente e inteligente, lo hemos dicho a su tiempo: es un baño restaurador del cual salimos templados mentalmente. Los mismos filósofos posteriores difícilmente se entenderán sin antes haberse compenetrado de Kant).

## 6. — NUESTROS FILÓSOFOS

POMPONAZZI (1462-1525), TELESIO (1509-1588), VANINI (1585-1619), BRUNO (1548-1600), CAMPANELLA (1568-1639), VICO (1668-1744), GIOBERTI (1801-1852), ROSMINI (1796-1855).

El estudio de nuestros filósofos, contrariamente a lo que se podría suponer, es más difícil, en general, que el de los filósofos ya nombrados; no sólo porque los grandes filósofos internacionales han tenido abundancia de ilustradores y críticos, de tal modo que el estudioso encuentra mucha ayuda, sino también porque muchos de aquéllos no son sistemáticos, y, por tanto, se requiere tener ojo agudo y ejercitado en la valuación de los conceptos y en su historia. Sin embargo, ¡cuántos extranjeros, valiendo menos, son más celebrados! Si hay o habrá despertar filosófico en Italia, sea el primer deber reivindicar nuestras glorias en la historia del pensamiento europeo. — Para la bibliografía el lector podrá recurrir a los libros ya citados. Para Pomponazzi recordamos solamente a FIORENTINO (*P. Pomponazzi*; Le Monnier, Firenze), del cual no se olvidará la obra *Studi e ritratti della Rinascenza* (Laterza, Bari). Para Telesio, GENTILE (*B. Telesio*; Laterza, Bari). De Vanini se han traducido hace poco sus obras, por G. PORZIO (Bortone, Lecce). De Bruno, las obras italianas se encuentran en las ediciones de Laterza; las latinas, en la edición iniciada por Fiorentino (Morano, Napoli). De Vico, Laterza está publicando la edición completa, en *Scrittori d'Italia* (han salido dos vols.) Existe un trabajo magistral de Croce sobre Vico (*La filosofia di G. B. Vico*; Laterza, Bari). De Gioberti, puede verse la edición corregida por GENTILE, en *Classici* de Laterza. Las obras principales de Rosmini han sido publicadas por la *Unione Tipografica Editrice Torinese*. Sobre éstos, cfs. SPAVENTA, *La filosofia di Gioberti* (Vitale, Napoli); GENTILE, *Rosmini e Gioberti* (Nistri, Pisa). Formiggini, de Génova, anunció una Colección de filósofos italianos; ha publicado únicamente dos vols. de las obras de Telesio, bajo la dirección de SPAMPANATO.

## 7. — FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN

La consideración de la pedagogía como ciencia filosófica, aun como la filosofía, es reciente, y ha encontrado entre nosotros su mayor representante en G. GENTILE, del cual conviene estudiar,

además de la obra citada, la vasta colección de ensayos, ya publicada desde 1900 hasta 1909, *Scuola e filosofia* (Palermo, Sandron). Véanse también los siguientes escritos:

BERNARDINO VARISCO, *L'Unità delle discipline pedagogiche*, en *Nuovi doveri*, de 1910 (y ahora en el volumen de G. LOMBARDO-RADICE, *La milizia dell'ideale* (Napoli, Perrella); G. LOMBARDO-RADICE, *Il concetto dell'educazione* (Palermo, Sandron); V. FAZIO-ALLMAYER, *Saggi di filosofia dell'educazione*, en el *Annuario della Biblioteca filosofica di Palermo*, vol. II; F. P. LAPICHINO, *Il concetto di educazione y Filosofia e pedagogia* (edic. de *La cultura dello spirito*, Palermo); GUIDO SANTINI, *La pedagogia come scienza dell'espressione didattica*; M. MARESCA, *Il problema gnoseologico della pedagogia* (Lucca, Croccolo, 1914). Tratados sistemáticos de pedagogía, conducidos según normas idealistas, hace poco tiempo que tenemos. Se están publicando, actualmente, dos tratados de GENTILE y de LOMBARDO-RADICE. Del primero han visto luz *Pedagogia generale* y la *Didattica e ricordi di esperienza magistrale*, y se anuncia la *Pedagogia generale* (Palermo, Sandron). La obra de GENTILE es una rigurosa deducción de conceptos, que supera en modo absolutamente definitivo el grosero empirismo con el cual se ha tratado hasta ahora esta disciplina; la de LOMBARDO-RADICE se refiere directamente a la escuela, y, como dice Gentile, "pide a la ciencia que responda a todas las preguntas que a cada momento pueden surgir en la mente del maestro", en modo tal, sin embargo, que "lo universal de la ciencia se agrega sistemáticamente a las formas contingentes de lo particular empírico, y éste es conducido siempre a la luz de lo universal que realiza", (En *La Critica*, 1914, fasc. 2).

También aquí valga lo que ya hemos dicho: estos libros deben servir a los jóvenes como puntos de apoyo para pasar al estudio de los clásicos, prefiriendo, entre los juzgados tales en pedagogía, a los que expusieron su concepto de la educación con clara conciencia filosófica (por ejemplo, en el mundo moderno: Rousseau, Kant, Fichte, Richter, Herbart, Rosmini, etc.).

LOMBARDO-RADICE dirige una colección (*Pedagogisti ed educatori antichi e moderni*), editada por Sandron, Palermo, con

la cual promete desarrollar un vasto programa. Comprende ya obras pedagógicas de COMENIUS, HERDER, HERBART, SCHELLING, FICHTE, NICOLE. En distintas épocas han aparecido editadas por diversas empresas italianas, obras de ROUSSEAU (Trevisini); RICHTER (Unione Tipografica Editrice); PESTALOZZI (Trevisini y Albrighti y Segati); CUCCO (Albrighti y Segasti), etc.

El lector encontrará indicaciones más abundantes y precisas sobre la literatura pedagógica moderna, en el pequeño volumen de L.-R., *Che cosa deve leggere un maestro*, que pronto formará parte, como nos anuncia el editor, de la *Biblioteca popolare di pedagogia*. Queríamos únicamente agregar aquí un campo de estudios en el cual el rigor científico cada día se afirma más.

ARMANDO CARLINI.

(Traducción de Bogliolo y Halperín).

---

## MISERI OMNES

I

Per non avere avvertito ciò che succede nell' anima d'un altro, di rado l'uomo fu mai veduto infelice; ma chi non avverte i moti dell'anima propria, è infelice di necessità.

MARCO AURELIO ANTONINO.

(Ricordi, II, parágr. 8).

2

Tout homme a ses douleurs. Mais aux yeux de ses frères  
Chacun d'un front serein déguise ses misères.  
Chacun ne plaint que soi. Chacun, dans son ennui,  
Envie un autre humain qui se plaint comme lui.  
Nul des autre mortels ne mesure les peines,  
Qu'ils savent tous cacher comme il cache les siennes;  
Et chacun, l'oeil en pleurs, en son coeur douloureux,  
Se dit: "Excepté moi, tout le monde est heureux."  
Ils sont tous malheureux. Leur prière importune  
Crie et demande au ciel de changer leur fortune.  
Ils changent; et bientôt, versant des nouveaux pleurs,  
Ils trouvent qu'ils n'ont fait que changer de malheurs.

ANDRE CHÉNIER

(Fragments, VII.)

## DE LA BELLEZA ARTIFICIAL

---

Como si fueran más hábiles que la naturaleza, las mujeres han adolecido en todo tiempo del prurito de la hermosura facticia con la cual tratan de obscurecer los primores inherentes a la familia humana o se proponen engatuzar a los hombres vendiendo una cosa por otra. Si tienen creído que el resplandor ominoso con que salen brillando por las calles puede algo en nuestro ánimo, sepan, al contrario, que ese efecto es mortal para ellas. Si se dan a entender que tragamos gato por liebre, se engañan por la mitad de la barba, y salen mal libradas en nuestros juicios y opiniones. Seguro está que la inventora de las blandurillas y las mudas, lo que en general se llama afeitte de las mujeres, haya sido una niña de quince ni veinte años, a cuyas mejillas la rosa pide favor, a cuyos labios el clavel se rinde confesándose vencido. La inventora de esas brillantes porquerías fué una vieja presumida que vió apagados sus colores, idas para nunca más volver sus gracias y frescura. Que estas vejancas desdichadas se encomienden a la ciencia de las brujas para mostrar lo que no son, aun no tan malo; pero que una muchacha que está reventando y abriéndose como una flor del paraíso acuda para embellecerse a esos matadores de la belleza, esto es lo que no nos cabe en la imaginación. La una, sobra de sí misma, escoria del oro que ha derrochado en treinta años, tiene necesidad de cubrirse el rostro, si es ocultadora de la verdad, y se anda a caza de admiraciones y amoríos; la otra, joven, fresca, blanca, ¿qué tiene en su persona que fingir y ocultar a nuestros ojos? Entre las flores de mi jardín, orillas del cual escribo, descuella la azucena, como la infanta heredera de la real familia. Habiendo llovido anoche, la madre tierra ha cobrado pujanza y brío: el sol comparece sobre un mundo

espeso de nubes purpúreas, amarillas, violadas y de cien otros matices y combinaciones: un diluvio de luz llena luego los huertos bajando de los montes, y las flores la reciben y aspiran como sedientas de los secretos divinos que esa mensajera del cielo acarrea en sus entrañas. La azucena, digo, en su oriente, está nadando en hermosura propia, tan lozana, tan suave, tan seductora con sus naturales atavíos, que si esta deidad insensible puede infundir pasiones, los espíritus incorpóreos de la atmósfera, los ángeles incompletos que pueblan el aire, se mueren de amor por ella, o a sus plantas yacen desmayados implorando compasión de esa divina ingrata. ¿Qué diríais, ¡oh vosotras, niñas y señoritas de veinte años!, si la princesa del jardín se diese sus trazas para mejorar su color y su frescura, mediante los secretos de una fada maligna cuyo ministerio fuera la persecución y ruina de las obras más cumplidas de la naturaleza? Bien así como esa flor, si blanquease su blancura os parecería loca de atar, así vosotras, jóvenes, cuando blanqueáis lo blanco, sois para nosotros pobrecitas a quienes de buena gana encerráramos en un hospicio, si hospicio hubiera donde os sirviesen reyes a la mesa y reinas os quitasen los chapines. El blanco anexo a la mujer es como el blanco natural en la leche: si lo cubrís por mejorarlo, echáis a perder el acierto de la naturaleza. Las obras maestras de escultura, las grandes fábricas de Atenas, el templo de Júpiter, el Partenón ponían la fachada al mundo, limpia de ingredientes superficiales que ocultaran la sublime belleza que las ha vuelto célebres: ni cal, ni estuco, ni yeso. Así el rostro de Minerva, el de la Venus púdica no admite las ridículas embarraduras con que las mujeres, más bellas que esas divinidades sin alma, viven empeñadas en afearse y envejecerse antes de tiempo.

¿Qué delirio es ese, niña? La azucena se contenta con sus gracias propias, y no pasa por la vergüenza de pedirle a la tiza una misericordia de blancura: el armiño no se queja del Hacedor, ni va a hurtar lo que le falta: la paloma, con lo que es suyo la ayude Dios, satisfecha se halla, y no procura volverse blanca la azul, ni la azul blanca. ¿Dice por ventura una de estas avechitas: A mí no me ha puesto collar la naturaleza;

yo me he de envolver un arco iris en el cuello? ¿Dice otra: A mi no me gusta este importuno tornasol; yo quiero pecho y cuello como la nieve? Todos los seres vivientes se hallan conformes con lo que han sacado del vientre de sus madres; la mujer, la mujer tan sólo, el más bello y seductor, no está contenta con sus incentivos, y va a postrarse ante las más ruines substancias, para labrar una belleza despreciable con la cual mata la que ambicionan los ángeles del cielo.

JUAN MONTALVO.

*(Siete tratados.)*

---

# MANUALE DEL PERFETTO PROFESSORE

(*Continuación*) <sup>(1)</sup>

9.

Ma al di sopra di ogni regola, di ogni metodo, di ogni espediente pedagogico antico o moderno, c'è una ricetta semplice come la stessa semplicità, limpida come l'acqua di fonte:

SAPER PRIMA NOI CIO CHE VOGLIAMO INSEGNARE AGLI ALTRI

Un consiglio da Monsieur de la Palisse? No: una verità elementare una ignota ai piú.

Diffatti non c'è insegnante, sopra tutto tra i giovani, che non si creda sicuro del fatto suo.

Eppure! Tu, professore di lettere, esci dall'università saturo di letteratura greca, latina, magari sanscrita, ma non studi grammatica grecca da sette anni, latina de otto, italiana (se pur l'hai studiata mai) da nove, e pretendi d'un tratto di insegnar grammatica italiana, latina e greca ai tuoi primi discepoli. E tu professore di scienze naturali, che nell'ultimo anno di studio ti sei dato con tutta l'anima a quella varietà di solanacee che formava l'argomento della tua tesi di laurea, che cosa ricordi (o che cosa sai) dell'anatomia, fisiologia, zoologia, botanica, geologia e mineralogia che sei chiamato ad insegnare? E tu, egregio dottore in matematiche, fornito di licenza liceale e di laurea, dovrai, se capiti in una scuola normale, insegnare anche la computisteria che a te nessuno ha insegnato.

---

(1) Véase número 55, pág. 379.

Vedete dunque che, almeno per il primo anno, dovrete dare agli altri non *quod superest*, ma *quod non possidetis*.

Nè questo sarà un male gravissimo, perchè chi comincia la carriera generalmente è giovane: chi è giovane studia volentieri: e studiando s'impara e imparando s'insegna bene.

Ma il male diventa serio quando l'insegnante non crede all'appropria ignoranza e non vuole studiare e pretende che studino molto gli alunni (i professori meno valenti sono irragionevolmente rigorosi) e gli alunni, dopo breve tempo, ne sanno più di lui.

Allora la disciplina va a ruzzoloni, il professore odia gli scolari divenuti giudici, questi lo ricambiano con una pietà che somiglia al disprezzo, gli spropositi del professore, veri o inventati, corrono per le bocche di tutti... e addio scuola.

#### IO.

Insomma, professore novellino, la verità vera è che non tutti gli insegnanti sono cime.

.... Non ho capito. Che dici? Ah, la parola "garibaldini" che ti lo còlta or ora sulle labbra mi ha spiegato tutto. Qualche collega anziano ti ha dato ad intendere una storia che troppe volte ho sentito anch'io: e tu hai facilmente abboccato.

"Appena fatta l'Italia" così racconta la storia "le cattedre erano quasi tutte scoperte, le scuole mancavano, il livello della cultura era bassissimo. Lo Stato rimediò alla peggio: adattò per locali scolastici i conventi soppressi, allargò le celle per farne aule e ficcò il mobilio delle sagrestie negli uffici di direzione e nelle sale dei professori. Altrettanto fece per procurarsi gl'insegnanti: raccatò rifiuti di sagrestia ed avanzi di campi battaglia. Questo fu il grottesco periodo della cultura nazionale in cui preti spretati insegnavano filosofia e garibaldini smessi tenevan cattedra di letteratura".

Ora dico io: chi scernerà da tutti i fronzoli leggendari il poco di vero che c'è in questo racconto?

Certamente, non era possibile, appena costituita la Nazione, unificare da un giorno all'altro le scuole di tutto il Regno,

provvedere ai locali e fare una leva di centinaia e centinaia di professori con uno stipendio rispettabile e un bello stato giuridico per giunta.

C'era molta gente da contentare, e mentre il Re Galantuomo proclamava che una croce ed un sigaro non si negano a nessuno, il suo Governo aggiungeva che una cattedra si rifiuta a pochi.

Ricordiamoci che, tra gli uffici pubblici, quello d'insegnante delle scuole medie era dei meno lucrosi, sicchè, mentre i di Minerva.

E se lo Stato tenne conto, allora, di quelli che averano interdesti, i semplici, i dignitosi riceverano un posticino all'ombra procaccianti si buttavano addosso ai grassi canonicati, i morrotto gli studi per vestir la camicia rossa o che avevan sulle spalle qualche anno d'esilio o di carcere, non vi scandalizzate troppo, anime pudibonde di laureati con pieni e lode che, dopo conquistato il titolo dottorale, non avete più aperto un libro.

Ne ho conosciuti, io, di quei vecchi garibaldini, e te ho ancora dinanzi agli occhi, o Aristide Salvatori, che modestamente rifiutasti la cattedra di liceo offertati dal Ministero e all'insegnamento dell'italiano nella scuola tecnica ti dedicavi con amore, con intelligenza, con fede: e te, Giuseppe Stocchi, lavoratore indefesso, spirito colto ed attento: e te (giù il cappello, adoratori della laurea, del concorso e dell'ispezione) Giuseppe Cesare Abba!

Che tra i tanti vi fossero anche dell'inetti è indubitato, ma non sono passati molti anni, da quando il signorotto di Trapani spingeva a forza nelle scuole parenti, amici, galoppini, senza un pensiero al mondo di quel che costoro potessero insegnare, facendo — con più audacia e meno pudore — ciò che altri ministri hanno fatto prima e dopo di lui: e di tutta quella gente entrata nel pubblico insegnamento così per favore, o per compenso di piaggeria o in cambio di servigi elettorali, nessuno aveva, per la vita d'Italia, guardato in faccia la morte.

## II.

Chiedo scusa della sfuriata. Che volete? Quando penso che se Ippolito Nievo e Goffredo Mameli si fossero salvati per miracolo l'uno dal Tirreno in burrasca, l'altro dalla lotta impari alle porte di Roma, e avessero ottenuto dal Ministero, in cambio delle *Confessioni*, del fatidico inno e del sangue versato, una cattedra di scuola tecnica per ciascuno, quando penso, dico, che sarebbero stati guardati d'alto in basso come intrusi nel tempio dell'educazione nazionale, mi sento venir la pelle d'oca.

In ogni modo, per punirmi d'aver preso cappello, mi condanno al silenzio: e tacendo finchè non abbia digerito quanto ho detto e quanto stavo per dire, lascio per ora la parola ad un mio amico: al prof. Arturo Merli che mi scrisse, poco prima ch'io entrassi nell'insegnamento, la seguente lettera:

“Caro amico.

Mi domandi come m'è andata. Mah! Così così. Non avrei mai creduto che nella nostra modesta professione ci volesse, sul principio, tanta astuzia e tanta diplomazia.

Quando arrivai in quest'amenò paese a sostituire un collega ammalato, credevo di dover insegnare italiano nella scuola tecnica. Macchè! Il collega aveva (ed io ha ereditato) l'insegnamento dell'italiano nel secondo corso e della storia e geografie nel terzo corso della scuola normale, più quello della storia, geografia e diritti e doveri nella scuola tecnica.

Capisci? L'italiano! La storia! La geografia! I diritti e doveri!! Madonna dei Sette Dolori!

Appena ebbi salutato il direttore della normale che funge anche da direttore della tecnica, raccolsi quanti più libri potei pescare, nella biblioteca della scuola, atlanti, dizionari geografici, trattati di storia e portai tutto a casa con l'onesta intenzione di studiare accanitamente.

Ma tra il direttore, i colleghi e la padrona di casa pareva che ci fosse un accordo per farmi perdere il tempo più prezioso

di tutta la mia vita d'insegnante, sicchè il giorno dopo andai a scuola senz'aver potuto leggere una riga.

Terza normale: *geografia*. Cominciamo bene. Io aveva pensato di prepararmi giorno per giorno, imparare una lezione oggi, insegnarla domani e farla ripetere dopodomani. Vana illusione. Guardo il registro e vedo che un certo Alberti aveva sempre 8 e 9. Lo chiamo:

— Alberti, ripeta lei la lezione di geografia.

— Sissignore: dobbiamo parlare dei fusi orari.

— Ah! — esclamo io che non ne sapevo un fischio. — Bell'argomento!

— Bellissimo. Devo adoperare il rapportatore?

(— Il rapportatore? Che robe è? — rimugino sudando freddo: e ad alta voce dico:) No, non occorre.

Allora il giovane va alla lavagna, traccia un disegno, scrive, predica: un mondo nuovo: e dove mai ho studiato di quella roba? Capisco vagamente che, al contrario di quanto avevo creduto, *fusi* è sostantivo e *orari* *aggettivo*, ma altro non m'entra.

Quando il giovane ha finito, io gli dico:

—Va bene: vada al posto. C'è qualche piccola inesattezza, ma nel complesso son contento.

—Oh, scusi tanto: io ho fatto meglio che potevo, ma lei non ha permesso che io andassi dal professore di disegno a chiedere il rapportatore...

Fu un lampo. Dunque il rapportatore era un coso materiale, un oggetto reale, un aggeggio da potersi chiedere e portar via!

Voglioso d'imparare, nell'intervallo fra una lezione e l'altra, vado in sala di disegno e al mio collega artista che per l'appunto stava lavorando, chiedo con disinvoltura:

—Mi favorisci il rapportatore?

—Non mi far muovere, abbi pazienza: è costì.

—Costì dove?

—In cotesta scatola davanti a te.

Rimasi perplesso: davanti a me c'era una scatola con dentro solidi di legno, gessetti, matite, un rocchetto vuoto, un boc-

chino, qualche gomitollo di spago, un pennellino da gomma, spilli di sicurezza.

Ma non mi dètti per vinto.

—Caro mio, avrei paura di sciupare questo bell'ordine, a metterci le mani io.

Il collega venne, prese (era proprio lì a galla) il rapportatore, rise dell'elogio fatto al suo ordine e mi stimò e proclamò uomo arguto e sarcastico.

Così imparai le fattezze del mio caro rapportatore, e prima di morire (chissà?) ne imparerò forse anche l'uso.

Nella seconda normale mi accadde un fatto curioso dopo alcuni giorni di scuola.

Premetto che gli alunni adoprano un libro di testo, ma io studio la mia parte su un altro molto più voluminoso.

Un ragazzo, ripetendo la storia letteraria, mi comincia:

—Bernardo Tasso, avendo ucciso lo zio, vescovo di Recanati...

Rimasi male: io avevo sempre creduto che Bernardo, oltre all'*Amadigi* in cento canti che Dio gli perdoni, non avesse perpetrati altri delitti; e cos'era quello zicidido che mi saltava fuori a un tratto?

Con un sorriso lieve, ambiguo, tale da non compromettere per il suo significato, chiesi ad un alunno il libro di testo, e dopo avere scorsa con l'occhio la biografia di Bernardo, mutai il sorriso in riso e dissi, lento e sicuro:

—Vedete, come la poca chiarezza di una frase generi confusione! Il testo dice: "Ucciso uno zio vescovo di Recanati, Bernardo dovette da sè procurarsi da vivere." Leggendo così, veramente sembra che l'assassino sia stato Bernardo, mentre lui non ci aveva nè colpa nè peccato.

E colsi l'occasione per un predicozzo sulla necessità di osservare scrupolosamente le regole della sintassi: allora allora avevan visto, y miei alunni, come, sgrammaticando, si poteva toglier l'onore ad un galantuomo. Intanto imparavo io una regola che nessuno mi aveva mai insegnato: cioè che lo scolaro potrà conoscer poco il libro di testo, ma il professore deve studiarlo ben bene prima di salire in cattedra.

Vedi come riesco a cavarmela nonostante l'ignoranza mia e quella degli altri (non puoi immaginare che razza di roba c'è nei libri di testo).

Ma per la geografia la faccenda è seria seria seria.

Per cominciare, qui ho trovato l'uso delle carte mute, accidenti a chi le ha inventate.

Una mattina facevo lezione in terza tecnica: gli alunni, poveri diavoli, avevan davanti il loro muto atlante: io tenevo spiegata sulla cattedra una carta dell'America, parlantissima.

Un ragazzo m'interrompe per domandarmi:

—Scusi, dov'è l'isola di Socotra?

Temetti un colpo apoplettico: aguzzai lo sguardo sulla carta divorando meridiani e paralleli da nord a sud, da est ad ovest: a cercar nella memoria rinunziai subito, perchè ero sicuro che tra me e la signorina Socotra non c'era mai stato il minimo incontro. Risposi, finalmente, a caso:

—Nell'Oceano Pacifico, ma non m'interrompere quando spiego.

Ma era una giornataccia, quella. Dopo un po', che mi capita? Un alunno dice che Cochabamba è nell'America del nord.

Ecco uno, due, tre suggeritori che sussurrano: "No, sud!" Altri suggeritori invece bisbigliano: "Hai detto bene: non dar retta!" Io faccio, aguzzando occhi ed orecchi, un rapido bilancio: prevale il sud.

—Bello mio — dico — è nell'America meridionale (intanto colgo a volo la parola "Bolivia" lanciata da un suggeritore che ha il libro aperto davanti) e propriamente nella Bolivia: tu studia un po' di più, e voialtri, maleducati, smettete di suggerire!

A casa, poi, con l'aiuto di una lente e di molta pazienza, mi metto alla caccia di Socotra e scovo finalmente l'isola infame rincantucciata in un angolo della carta dell'Africa, nell'Oceano Indiano.

La mattina dopo, al principio della lezione, chiamo il mio interruttore pericoloso:

—Di: che cosa mi domandasti ieri?

—Dov'era l'isola di Socotra.

—Bugiardo! Mi chiedesti dell'isola di Santa Cruz (chiamata e rispondi!) Se nuo ti acrei detto ch'era nell'Oceano Indiano.

Come vedi, a galla resto sempre io. Ma ce ne vuole, della prontezza, nel nostro mestiere!

Che avresti fatto tu, se, proprio appena rimediato il pasticcio delle due isole, uno ti avesse chiesto a bruciapelo:

—Scusi, professore, quanti abitanti fa il Canada?

Io gridai come un ossesso:

—Fuori di scuola! Vattene! In che lingua te lo devo dire, che non voglio essere interrotto?

Per oggi smetto. Un'altra volta ti manderò il decalogo del professore che sto mettendo insieme.

Intanto ti dico che non bisogna sgomentarsi davanti alle prime difficoltà. Solamente, un professore di giudizio deve lavorare assai, da principio, per arrivare a saperne quanto gli scolari: dopo, non gli ci vorrà molto a restare sempre innanzi a loro di un passo.

Ma bada! Non ti accada mai, mai e poi mai di far sapere che sei un principiante.

Gli scolari (e anche i colleghi) non sanno che tu sei alle prime armi: perchè, dunque, una confessione che ti farebbe guardare con una curiosità diffidente e cansonatoria?

Non credo che un avvocato, un ingegnere, un chirurgo facciano simili dichiarazioni: — Stia sicuro che parlerò con tutto il calore dell'anima: è la prima causa che difendo! — Non ho mai costruito un ponte: questo lo metterò su con tutta l'attenzione possibile. — Lasciate che vi addormenti e poi vi taglierò con amore: voi siete il mio primo cliente.

Si racconta di un boia che prima di passar la corda al collo del condannato gli sussurrò: — Mi raccomando, state fermo perchè io non sono pratico: questa è la mia prima esecuzione.

—Ah — gli rispose il cliente: — allora stiamo bene insieme, perchè anch'io, è la prima volta che vado sulla forca.

Ma per fortuna del carnefice, l'altro non poteva dopo raccontar come fossero andate le cose.

Invece scolari e colleghi parlano, eccome!

TUO ARTURO MERLI

P. S. Hai notato che scrivo meglio? Già: mi sono accorto che anche una calligrafia leggibile è necessaria per la nostra professione. Sul componimento di un ragazzo, accanto al voto, avevo messo questa noticina: "Scriva più chiaramente." E lui (ingenuo o furbacchione?) venne accanto alla cattedra e mi chiese:

—Scusi, come c'è scritto quassù?

A. M."

12.

Le prime righe del paragrafo 10 contengono uno dei più gelosi segreti professionali.

Perchè, badate bene: gli sfarfalloni dei deputati, raccolti dalla *Gazzetta ufficiale*, sono consacrati in articoli, conferenze, volumetti, ed ogni nazione ha il proprio florilegio: i marroni dei grandi scrittori, anch'essi, sono elencati dai collezionisti di curiosità: delle papere degli avvocati (*avvocasseries*, come le chiamano in Francia) son pieni libri e giornali: ma i professori non sbagliano mai.

Avete mai letto, non dico un libro, ma una modesta colonna di giornale, contenente strafalcioni professorali?

Eppure, basta pensare che per un insegnante il quale metta insieme i più begli spropositi escati nei componimenti, ci saranno dieci scolari che racimolano quelli pronunziati dai professori e si avrà un'idea dell'immane biblioteca che, invidia della curiosità pubblica, si nasconde nel buio. Dunque? Coraggio: e ciò che si rimpiatta nei taccinini scolastici, ciò che si mormora tra i paurosi discepoli, ciò che si dice ad alta voce e tra grasse risa (questo è il bello!) nei crocchi professorali venga una volta alla luce del sole!

Un piccolo saggio almeno:

Il prof. A., insegnante di ragioneria all'istituto tecnico, ammoniva:

"Bisogna esser molto esatti nel compilare il rendiconto, perchè esso è quel documento que dà modo al ragioniere onesto di mettere in rilievo la correttezza dell'amministrazione: e

ad un tempo permette, se compilato con arte, di coprire le marachelle.”

Machiavellismo non meno fino di quello del prof. B., collega della stessa materia, il quale diceva:

“Non occorre che il ragioniere sia proprio un calligrafo quando scrive i numeri, ma deve imparare a tracciare i numeri in modo che siano facilmente sostituibili e correggibili senza che appaia il mutamento, in caso di errore.”

È ascoltate il prof. C., luminare di economia politica all'istituto tecnico:

—Molte definizioni sono state della scienza delle finanze: vedete quella di Louis Blanc, quella di F. S. Nitti, quella di Augusto Graziani: tutte sciocchezze. Un economista contemporaneo ha trovato la definizione migliore: La scienza delle finanze è la scienza del patrimonio pubblico e delle sua messa in opera. Ma siccome *patrimonio* include l'idea di un'eredità lasciata dal padre al figlio e qui si tratta, invece, dello Stato, la prima parte è spropositata: e poichè *messa in opera* è un francesismo, la seconda parte è più spropositata che mai. Unica vera definizione è questa:

*La scienza delle finanze è la scienza del disordine e della confusione.*

Ma questa roba è stata letta in quaderni di appunti; e non è prudente giudicare un professore da ciò che gli fanno dire gli alunni.

Citiamo cose scritte da insegnanti e che io lessi con questi occhi mortali. Trovai queste due gemme sopra un “registro di classe”:

“Mandato fuori di scuola l'alunno X per rompere coi piedi i banchi.”

“L'alunno Z profitta poco: vero è che viene a scuola a sbalzi perchè storpio”.

È il prof. D., insegnante di ginnastica, scriveva al suo capo d'istituto:

“L'alunno Y ha fatto molte assenze: la prego d'informarsi se è vero che abbia avuto la donzellite.”

Il bravo professore D., memore della legge che la grafia deve rispecchiar la pronunzia, scrivera a quel modo perchè lui, pugliese, la pronunziava così, la parola "tonsillite".

Quando studiavo io, ricordo che un mio compagno domandò al prof. E. come potesse definirsi un mostro.

—Eh — rispose lui — mostro è un essere composto di parti differenti e discordi: per esempio uno che avesse la testa d'uomo, la coda di leone e le gambe di pesce...

E vengo a te, indimenticabile signora F., professoressa di disegno brava, ma scrittice deboluccia a giudicarne dal biglietto che mandasti, furibonda, alla tua direttrice:

"La prego di punire subito le signorine Tale e Talaltra perchè son sempre scoppiate".

Tu, buona donna, ti ostinavi a voler che le alunne salissero su all'aula di disegno a due e due, tenendosi per mano: e quelle due disobbedienti, invece, andavano "scoppiate" cioè l'una senza l'altra. E sì che le avevi minacciate il giorno prima con queste tremende parole: "Se non mi obbediscono, le metto sopra un biglietto e le fo andare in direzione!"

Però la più bella della tua vita la dicesti a proposito dell'anfora. Ti ricordi? Era già passata un'ora e le alunne, affannate, disperate, guardavano l'anfora che tu avevi dato per modello, disegnavano, cancellavano, impasticciavano... Finalmente, perduta la pazienza, esclamasti:

—Ma signorine! Non son più buone a nulla? Se mi stanno più di un'ora sopra un vaso!...

Del resto, il tuo collega, insegnante di calligrafia, anche lui di spropositi se ne intendeva. Quando ebbe l'ispezione, indicò un' alunna all'ispettore e gli sussurrò:

—Vede quella signorina? Di calligrafia non ne sapeva proprio nulla: ebbene, vedrà: io son riuscito a farle fare un bastardino che è una bellezza!

## 13.

Non ti ho dimenticato, novellino carissimo. Anzi, mi rivolgo ora proprio a te, per dileguare un'ubbia che potrebbe esserti venuta in mente.

Tu crederai, forse, per quel che hai letto fin qui, che i tuoi colleghi siano degl'ignoranti o poco meno.

Tutt'altro! Io che ho girato un po' di mondo e conosciuto persone di ogni classe sociale, ti dico in verità che poche categorie d'uomini, nel nostro Paese, sono colte come quella degl'insegnanti medi. Non c'è quasi nessuno tra loro che non possenga una piccola libreria, oggetto di lusso che non troverai in casa di molte persone che pur avrebbero assai da spendere. Inoltre, se interroghi i librai, e più i direttori delle pubbliche biblioteche, saprai facilmente che i più assidui lettori sono appunto gl'insegnanti medi. Alcuni fra questi aspirano all'università, parecchi sono liberi docenti e lavorano, lavorano, lavorano nel silenzio rinunciando ai subiti guadagni delle lezioni private o del giornalismo pur di appagare un sogno lontano. Anzi, non ultima ragione per cui è decaduto l'insegnamento universitario è che ad esso arrivano molti professori medi dopo sfiibranti fatiche, non più col desiderio di lavorare, ma col bisogno di riposarsi.

Un altro pregio degli uomini che ti saranno colleghi è la cordialità.

La provvida istituzione dei ruoli aperti, stabilendo che ognuno abbia un aumento fisso di stipendio ogni cinque anni, ha tolto il *mors tua vita mea* che domina ancora l'esistenza di tutti gli altri funzionari dello Stato. Ci potranno essere, non nego, gelosie tra professore e professore, ma nessuno è costretto a veder nel vicino un impiccio alla propria strada e nella tavola necrologica l'uscio aperto della promozione.

Perciò i professori, senza proprio formare una sola famiglia, chè troppo sarebbe, stringono tra loro legami di amicizia saldissima, e mentre è caratteristico, negl'impiegati, il bisogno d'uscir dalla propria cerchia per non sentir sempre parlare di

cose d'ufficio, gl'insegnanti generalmente fanno razza da sè; ciascuno di essi, interrogato quali sieno y suoi più intimi amici, nominerà soltanto colleghi.

E poca gente come i professori ha vivo e ardente il senso della nazionalità. Di trasferimento in trasferimento, ognuno ha modo di conoscere gran parte d'Italia non fuggevolmente come avviene, per esempio, agli ufficiali, ma stabilendosi due o tre anni in ciascuna città. Molti hanno figliuoli nati in regioni diverse. Un amico mio, figliuolo di un professore, avendogli io domandato quale fosse la sua città nativa, mi rispondeva: — Mah! Sono nato un po' dappertutto...

Così si allentano i vincoli verso il luogo di nascita che per molti costituisce tutta la patria: ma l'affetto verso la patria vera diventa più serio e più forte: ed è questo sentimento che gl'insegnanti infondono poi nei discepoli. Se infatti torniamo col pensiero al tempo in cui abbiamo sentito formarsi in noi il concetto di patria, subito ci appare alla fantasia un'aula di ginnasio o di scuola tecnica, udiamo la voce di un insegnante, ed ecco, ecco, il momento in cui l'immagine d'Italia, coronata di neve e allungantesi molle fra i tre mari, per la prima volta ci si presentò agli occhi come una figura sacra ed ancora confuso ma potente, ingenuo ma fervido, ci venne su dall'anima un nuovo amore.

Del resto tutta la nostra sostanza ideale si è formata nella scuola media, che dura quasi il doppio della primaria e della superiore, che comprende il periodo più importante della vita, che impartisce un insegnamento vario e concreto. mentre la scuola elementare ci ha dato cognizioni vaghe ed astratte e l'università non ci ha fornito che le armi per la professione.

Che poi tanti e tanti si lamentino degli anni passati nelle scuole medie deplorando il tempo speso ad imparar questa o quella materia ritenuta inutile e completamente dimenticata, non vuol dir nulla. E proprio il cibo che meglio si digerisce, quello che ci dimentichiamo d'aver mangiato. Così, di certi insegnamenti, noi assorbiamo la parte necessaria alla nostra cultura e quella soltanto: ci pare di non ricordarli perchè sono nel nostro sangue, sono in noi, sono noi.

Eccomi sulla via di far la difesa della scuola media: ma non è questo il luogo opportuno: il presente libretto deve parlare solo degl'insegnanti. I quali sono, sì, brava e benemerita gente ed hanno, oltre le qualità che ho esposte finora, un'altra grande virtù: sono forse per certo dispregio aristocratico, forse per un'ombra di scetticismo) pochissimo vanitosi, come si può provare a fatti e a parole.

A parole: in tanti anni, mentre — come dicevo pagine addietro — ogni ordine di funzionari ha cercato di nobilitare il proprio appellativo, y professori non hanno fatto che mutare la parola, quasi ingiuriosa, di *secondari*, nell'altra, modesta e precisa, di *medi* (quella malalingua di Papini subito li battezzò "professori mezzani").

A fatti: in nessun'altra classe d'impiegati si trova un così esiguo numero di crocifissi e, poichè tutti sanno la spontaneità di certi motupropri, la dimostrazione è sufficiente.

(Continuará).

DINO PROVENZAL.

---

# GUILLERMO II DE HOHENZOLLERN Y LA ENSEÑANZA CLASICA ALEMANA

---

*Alfredo Fouillée, en su libro "La Réforme de l'enseignement par la philosophie" (p. 37, nota III), refiere lo siguiente:*

En 1885, Guillaume II, encore prince royal, adressait à un juge de Dusseldorf, M. Hartwich, auteur d'opuscules relatifs à l'enseignement secondaire, une lettre qui constitue pour l'histoire de la pédagogie allemande un document intéressant.

"Postdam, 2 avril 1885.

Monsieur le Juge,

"Recevez mon remerciement le plus cordial pour les deux brochures que vous m'avez envoyées. J'ai lu *De quoi nous souffrons* avec grand intérêt et joie plus grande encore; enfin donc il s'est trouvé quelqu'un qui attaque ce système fossile, le plus meurtrier des systèmes pour l'esprit! Ce que vous exprimez là, j'y souscris mot pour mot. J'ai eu la chance pendant deux ans et demi de pouvoir me convaincre par moi-même des attentats qu'on exerce sur notre jeunesse...

"Homère, ce poète admirable pour lequel j'ai en une passion, Horace, Démosthène, dont les harangues doivent électriser chacun, comment les lisait-on? Était-ce avec enthousiasme pour le combat, les armes ou les scènes de la nature qu'ils décrivaient? Plus souvent! Le scalpel du grammairien, du philologue fanatique démembrait, disséquait chaque phrase, jusqu'à ce qu'on eut le bonheur de découvrir le squelette, et que l'on proposât à l'admiration générale la variété de l'emploi et de la

place de *áv* ou de *ἐπι* ou de quelque particule semblable! C'était à en pleurer!

"Les rédactions latines et grecques (une folie furieuse!), que de temps et de peines elles n'ous ont couté! Et quelle sorte de chose venait au jour! Je crois qu'Horace en aurait rendu l'âme d'horreur!

"Plus de ces tourments! Guerre au couteau contre un pareil enseignement! Ce système a pour résultat que notre jeunesse connaît la syntaxe, la grammaire des langues anciennes mieux que les vieux Grecs eux-mêmes, qu'elle sait par coeur les noms des hommes de guerre, les batailles et les formations de bataille des guerres puniques et de Mithridate, mais qu'elle est tout à fait dans l'obscurité au sujet des batailles de la guerre de Sept Ans, pour ne pas parler de celles "beaucoup trop modernes" de 1866 et 1870".

*En lo que hace a nuestro asunto, ¿ha olvidado ya el lector aquellos "Principios vitales de la enseñanza clásica" (Verbum, núm. 54, p. 169 y sgtes.), tan admirablemente expuestos por el doctor Francisco Capello?*

D.

---

## BIBLIOGRAFIA

---

FELIX F. OUTES. — *Plan de agrupación sistemática de la Bibliografía Geográfica Argentina*. Publicado en los "Anales de la Sociedad Científica Argentina", tomo LXXXVIII, página 173 y siguientes.—Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora "Coni", 1919. Un folleto (26 por 17 centímetros).

FELIX F. OUTES. — *Regesta cartográfica de la República Argentina*. Plan de agrupación sistemática. Publicado en los "Anales de la Sociedad Científica Argentina", tomo LXXXVIII, páginas 201 y siguientes.—Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora "Coni", 1919. Un folleto (26x17 cm.)

La primera tarea que lógicamente debía emprender la flamante Sección de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras era la organización de la bibliografía geográfica nacional, a la vez completa y metódica. Su necesidad se hacía sentir para todos los especialistas desde hace mucho tiempo, en vista de que no subsanaban su falta los catálogos de las bibliotecas (en lo que éstos pueden ser útiles para los estudiosos), ni las bibliografías más o menos extensas que acompañan a algunos escritos especiales. Una tarea semejante corresponde realizarla a alguna institución bien organizada o a alguna repartición del estado, por cuanto exige demasiado tiempo y otros requisitos para ser obra individual.

Como una bibliografía no se improvisa, es menester, como trabajo previo, establecer el plan, idear o aplicar un sistema de clasificación de los hechos cuya literatura interese; mas este plan nunca será completo si se quiere establecer perfecto de antemano; antes bien, se irá completando y, a menudo, corrigiendo, en más de un aspecto, a medida que progresa la bibliografía. Sin embargo, aun siendo provisional el plan previo se impone en cualquier ciencia y máxime en geografía, si se tiene en cuenta el carácter particular de esta disciplina. En efecto: hay que ponerse de acuerdo en cuanto al alcance de cada problema geográfico, y a la ordenación de los capítulos entre sí, sin olvidar la debatida cuestión de las ciencias auxiliares, que algunos autores incluyen entre los estudios francamente geográficos, mientras otros les niegan rotundamente ese carácter; y hasta no faltan quienes, sin llegar a esto último, asignan

a dichas disciplinas una suficiente independencia para considerarlas como ciencias aparte.

Extraño es el destino que le ha cabido a la geografía: conocida desde la antigüedad, ha venido modificando su concepto y su contenido a través de los siglos, sin dejar de subsistir en sus partes fundamentales y resistiendo al peligro de disolución que la amenazó en la última centuria.

Dos enemigos han hecho tambalear la geografía:

a) Su carácter demasiado vasto. Ha sido una verdadera ciencia enciclopédica, que, debido a su excesiva comprensión, impedía rastrear su concepto fundamental; este carácter subsiste en la escuela, por motivos especiales;

b) La reciente autonomía, y su constitución en ciencia independiente, de varios de sus antiguos capítulos (geología, fitogeografía, etnografía, zoogeografía). Este hecho, acaecido en los últimos cien años, hizo temer una disolución total de nuestra ciencia, en vista de que sus capítulos se independizaban, verdaderos hijos ingratos que, llegados a la mayoría de edad, abandonan el hogar sin volver más a él; a la geografía no le quedaban más que unos cuantos conocimientos empíricos (1).

A pesar del objeto propio que se reconoce hoy a la geografía y su derecho a constituirse en ciencia autónoma (2), esto es lo que aun se afirma o se afirmaba hace poco tiempo. Un ejemplo lo tenemos en la clasificación presentada por el Instituto Internacional de Bibliografía establecido en Bruselas. Este Instituto *diluye*, desintegra a la geografía; la geografía física no es más que la geología del momento actual y, por lo tanto, constituye su corolario natural. Lo que se llama francamente geografía es tan sólo un resto: la "*antropogéographie ou géographie proprement dite, qui est la description de la terre envisagée comme habitat de l'espèce humaine et théâtre de son activité*".

Al plan presentado por el señor Outes se le podría objetar que es demasiado extenso y que, por ende, participa del prejuicio enciclopédico; pero el mismo señor Outes se apresura a decir que no tiene el propósito de presentar una clasificación rigurosamente científica de los hechos geográficos por cuanto es necesario conceder algo a las exigencias prácticas de la enseñanza y de la rebusca por las personas no especialistas. A no

(1) GIUSEPPE DALLA VEDOVA. — *Il concetto popolare e il concetto scientifico della geografia*. Discorso inaugurale letto alla R. Università di Roma il giorno 3 novembre 1880. — *Scritti geografici* (1863-1913), ps. 119-143, Novara, Istituto Geografico De Agostini, 1914.

(2) G. RICCHIERI. — *Sui compiti attuali della geografia come scienza e particolarmente su le descrizioni e le terminologie morfografiche e morfogenetiche*. — Firenze, *Revista geografica italiana*, 1914, annata XXI; fascicolo IX, novembre, págs. 545-75.

mediar esta circunstancia, el plan habría sido diferente en más de un punto; así, por ejemplo, se habrían refundido la geografía humana y la económica, y otros grupos tendrían una extensión menor. De cualquier modo, se ve que el criterio aplicado por el autor del plan (aun siendo muy amplio) es unitario y responde a las más recientes tendencias de los geógrafos.

Muchas de las dificultades apuntadas se subsanarían, y aun ni siquiera se presentarían, si se hubiese realizado o estuviera realizándose la bibliografía nacional completa; en tal caso, la bibliografía geográfica no sería más que un capítulo de la gran obra, y muchas partes del plan de Outes se incluirían en otras disciplinas (las ciencias auxiliares), quedándole lo estrictamente geográfico.

Este plan es completo y no peca ciertamente por defecto. En la geografía histórica, además de los aspectos clasificados, pueden incluirse las modificaciones que ha experimentado la corteza terrestre en los tiempos históricos, modificaciones que no deben caber en la paleogeografía.

R. ARDISSONE.

---

# VERBUM

## Costo y distribución del núm. 55, correspondiente a los meses de Agosto y Septiembre de 1920

### Costo:

Pagado a Araujo Hnos., por composición, impresión y encuadernación de 450 ejcs., con 8 pliegos y 4 págs., cada uno . . . . .	\$ 467.50	
Recargo por 10 págs. en cuerpo 8 . . . . .	" 10.—	
Recargo por 8 páginas en italiano . . . . .	" 8.—	\$ 485.50
<hr/>		
Pagado al corrector, D. Manuel Benítez, su honorario . . . . .	\$ 50.—	
Por 100 ejcs. de un folleto (tirada aparte) <i>Las fronteras del conocimiento en la filosofía natural</i> (1) . . . . .	" 20.—	
Total . . . . .		<u>\$ 555.50</u>

### DISTRIBUCIÓN:

Tirada del número 55. . . . . ejemplares		450
Recibidos por el Tesorero del Centro, para los socios. . . . .	200 ejcs.	
Enviados:		
a los colaboradores. . . . .	40 ejcs.	
» » socios protectores. . . . .	33 »	
» » » señorita R. Hamnewarh y señor N. Listar. . . . .	2 »	
por canje. . . . .	41 »	116 ejcs.
Entregados a:		
Sección de Geografía de la Facultad. . . . .	1 ej.	
Biblioteca del Centro. . . . .	4 »	
Director de VERBUM. . . . .	15 »	20 ejcs.
Retirados del local del Centro no se sabe por quiénes. . . . .		
	28 ejcs.	
Depositados ahí mismo. . . . .	86 »	114 ejcs.
<hr/>		
Sumas iguales. . . . .	450	<u>450</u>

30 de Noviembre de 1920.

ANDRES IMAZ.  
Administrador.

(1) El autor, D. Blas Cabrera, abonó por su parte igual suma, para cubrir el valor total de la impresión, o sea \$ 40 m/n.

## ÍNDICE DEL AÑO XIV <sup>(1)</sup>

---

	Página
BINAYAN (Narciso). — Notas sobre Diego Alcorta. . . . .	47
BONET (Carmelo M.) — En el reino de la utopía. (Fragmento). . .	346
CABRERA (B.) — Las fronteras del conocimiento en la filosofía natural. . . . .	264
CAPELLO (F.) — Principios vitales de la enseñanza clásica. . . .	169
» » Rafael. . . . .	278
CARLINI (A.) — Guía para el estudio de la filosofía. (Trad. de Bogliolo y Halperín), I, 113, 335. . . . .	435
CÓPOLA (Norberto C.). — Poesías. . . . .	45
CORREA YONZON (J.) — Alucinaciones. . . . .	198
CHENIER (André). — Miseri omnes. . . . .	453
D.: Guillerimo II de Hohenzolern y la enseñanza clásica alemana	471
DE ALBERTI (David de). — La enseñanza y el estudio de los idiomas vivos. . . . .	66
DE ALBERTI (David de). — Un dilema famoso. (Entretenimiento jurídico filosófico) . . . . .	162
DE ALBERTI (David de). — El café, el molino... e vediamo, (Apólogo filosófico) . . . . .	303
DONGHI (Renata). — Versi: Ora perduta. La siepe . . . . .	422
FRANCESCHI (Alfredo). — Psicometría . . . . .	423
FRANCOIS (Enrique). — Odas de Baquilides: Héraklés. A Hierón de Siracusa, vencedor en Olimpia con los caballos. Teseo o los jóvenes . . . . .	410
GARCÍA MELLID (Atilio). — La angustia de la soledad . . . . .	189
GROSSAC (P.) — Páginas de mi cartera: Con D. Vicente Fidel López . . . . .	257
JASCALEVICH (A. A.) — Tendencias filosóficas en los Estados Unidos . . . . .	389
JULIANO (Nicolás). — Transiciones . . . . .	191
KORN (Alejandro). — La libertad creadora . . . . .	135
LEHMANN-NITSCH E (Roberto). — <i>El Desierto</i> , de Echeverría (Traducción libre al alemán de seis estrofas) . . . . .	430

(1) Comprende los núms. 53 a 56, o sea desde marzo hasta diciembre de 1920.

MARCO AURELIO ANTONINO. — Miseri omnes . . . . .	453
MARTÍN (Gaspar). — Enseñanza de la psicología . . . . .	222
MAUPAS (Leopoldo). — La cuestión universitaria . . . . .	414
MOLINE (Aníbal). — Ad Julium fratrem. In cupidinem. Quis beatus? . . . . .	183
MONTALVO (Juan). — De la belleza artificial . . . . .	454
OBLIGADO (Rafael). — Primavera. Las quintas de mi tiempo . . . . .	35
OUTES (Félix F.). — La Sección de Geografía . . . . .	241
PETRARCA (Francesco). — Piedra de toque . . . . .	43
PROVENZAL (Dino). — Manuale del perfetto professore, 229, 379, . . . . .	457
RAVIGNANI (Emilio). — Manuel Belgrano . . . . .	200
ROHDE (Jorge M.). — Las ideas estéticas en la literatura argentina . . . . .	305
RONSARD (Pierre de). — Piedra de toque . . . . .	43
SANMARTÍN Y AGUIRRE (J. F.). — Se pasó . . . . .	368
SENET (Rodolfo). — Más enseñanza y menos exámenes . . . . .	209
SFONDRI (Carlos). — Algunas observaciones críticas sobre la psi- cología del hombre de genio . . . . .	352
VALERGA (Ricardo). — Teatro nacional. . . . .	185
ZELINT (Hiel). — El problema "del bien y del mal" . . . . .	28

#### Notas y Comentarios

ALBERINI (Coriolano). — Programa de Introducción a la filosofía . . . . .	89
BLENGINO (Herminia). — Una proyectada anexión. . . . .	85
H. (G.). — Las elecciones de renovación de la C. D. (Resultados de la elección. Manifiesto-programa de la fracción triun- fante) . . . . .	91
MARTÍN (Gaspar). — La Ciencia de la educación en nuestra Facultad . . . . .	83
Samuel A. Lafone Quevedo, - - en La Plata, el 18 de julio de 1920 . . . . .	253

#### Bibliografía

J. M. C. — Roberto J. Giusti. — Enrique Federico Amiel, en su <i>Diario íntimo</i> . . . . .	104
R. ARDISONE. — F. F. Outes: Plan de agrupación sistemática de la bibliografía geográfica argentina. Regesta cartográfica de la República Argentina. . . . .	473

#### Sección Oficial

Asamblea ordinaria de socios . . . . .	105
--	-----

#### "Verbum"

Costo y distribución del número 55. . . . .	476
---	-----